

EL GANGSTER DE LA GALAXIA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



EL GANGSTER DE LA GALAXIA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *La patada sideral,* Ralph Barby
2. — *La diosa terrestre de Glaxo,* Joseph Berna
3. — *Enemigos ocultos,* A. Thorkert
4. — *La máquina imposible,* Glenn Parrish
5. — *Los apatridas,* Clark Carrados

1.

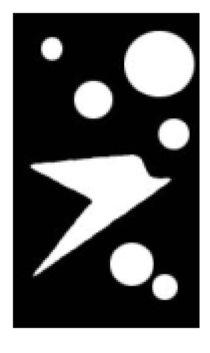
RALPH BARBY

EL GANGSTER DE LA GALAXIA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 482

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.9133 – 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1. º edición: junio, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera**, **S.** A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

El poderoso y alargado vehículo ***atom-hover-craft*** se detuvo frente al Gran Casino Centauro, un local magnífico y soberbio, el mejor de la metrópoli del ***Frontier Planet*** donde coincidían los más extraños seres de la Galaxia siempre que estuvieran catalogados como seres inteligentes; de lo contrarío, tenían que depender de otros que les vigilasen y cuidasen, en una palabra, que se hicieran responsables de ellos.

Dos vehículos más se detuvieron detrás del primero; sus carrocerías eran de color negro y platino brillante, lo mismo que el que les precedía. Iban ocupados por seres pertenecientes a civilizaciones planetarias distintas.

Del tercero de los vehículos ATH descendieron seis individuos muy altos, superaban los dos metros diez de estatura. Eran seres de Igon, con sus cráneos acorazados por un casco natural córneo, de una dureza parecida a la de los picos de las aves prensoras terrícolas.

Poseían una nariz aplastada, dos grandes orificios y una mandíbula ancha armada con cuatro pares de colmillos. Eran seres muy fuertes y agresivos.

El segundo de los vehículos dejó salir a otros seis seres. Eran más bajos y muchísimo más delgados, capaces de filtrarse por los lugares más inverosímiles. Procedían del planeta Duwan, e iban armados con fusiles polivalentes.

Resultaba muy difícil decir cómo eran sus rostros porque poseían poderes miméticos y casi se identificaban con el ambiente que les rodeaba, como los camaleones terrícolas; sin embargo, sus vestimentas negras, con un amplio cinturón de oro idéntico al que utilizaban los rudos seres de Igon, les identificaba como pertenecientes a las huestes de Jemmy Sincron.

Del primero de los vehículos, saltaron cinco hombres. Estos eran terrícolas, más o menos mutados a lo largo de generaciones nacidas fuera del planeta Tierra.

Quien capitaneaba aquel nutrido grupo de seres no era otro que Danaket, el temido Danaket, el hombre que poseía unas pupilas más grandes de lo normal en un terrícola y el color de éstas era de un rojo

vivo.

Danaket tenía un cabello rubio abundantísimo que semejaba una melena leonina, pero de lo que más orgulloso se sentía, aparte de su astucia, era de sus uñas, conseguidas por mutación forzada cuatro generaciones antes en los miembros de sus ancestros al tener que vivir en un planeta rocoso con escasísimos medios de vida. Aquellas uñas le servían para trepar por las paredes o para pelear a zarpazos y pese a lo duras y puntiagudas que eran, no le estorbaban lo más mínimo para trabajar con sus manos como lo haría cualquier terrícola.

El Gran Casino Centauro tenía capacidad para más de tres mil seres y poseía cinco escenarios independientes, dos de ellos rotatorios, y tres pantallas gigantes de televisión a color tridimensional donde se variaban continuamente los programas.

La vida del Gran Casino Centauro no se detenía jamás, se limpiaba por salas que se aislaban unas de otras. Allí dentro podía entrar quien quisiera, siempre que pudiera soportar los precios de consumición, e incluso pasarse años sin tener que salir si estaba dispuesto a dormir sobre sofás o almohadones.

El portero de la entrada principal, nada más ver a los recién llegados, pulsó un botón disimuladamente.

Danaket se dirigió hacia la puerta sin prestarle atención en apariencia, pero con la mano había hecho un gesto que sus hombres captaron perfectamente, porque dos de los gigantescos seres de Igon se acercaron al portero y le golpearon.

Todo fue rápido, muy rápido. El portero cayó al suelo ensangrentado y los hombres de Igon se unieron a sus compañeros. Junto a la puerta, como custodiándola, se quedaron dos seres de Duwan. Era la protección de una posible retirada.

A medida que se adentraba en el gran emporio de diversión, el mejor y más importante del ***Frontier Planet,*** Danaket iba perdiendo a los seres que le seguían, pues éstos tomaban posiciones, controlando puertas de modo que nada quedara fuera de su vigilancia.

Individuos procedentes de los más lejanos planetas se divertían allí, bebiendo, jugando, charlando, contándose sus proyectos o sus triunfos en medio de un gran murmullo que en determinados momentos se transformaba en clamor.

Si el ruido de voces subía en decibelios, automáticamente el sonido musical también aumentaba para sobresalir entre las voces.

Mientras, en su despacho, Tato Orlando controlaba gracias a su pantalla de sobremesa el avance de Danaket. Tato Orlando había comenzado a sudar.

En el mismo despacho, Adolph, su hombre de confianza, preparó su pistola dardo ultrasónica mientras mascullaba:

—Algún día habrá que dar una lección a esos pandilleros de la Galaxia.

—No, por ahora, no, Adolph. Esconde ese arma; no quiero tener un disgusto. La forma de seguir vivo es razonar y ceder como el bambú cuando es azotado por el huracán; si no te inclinas, te partes.

La figura leonina de Danaket se detuvo de pronto en su recorrido y a través de la pantalla se quedó mirando al propietario del Gran Casino Centauro.

—Sé que estás ahí vigilando, Tato Orlando —dijo, encarado con una de las telecámaras de vigilancia—. Avisa a tus hombres que paso. Cualquier obstáculo que encuentre en mi camino, sólo hará que molestarme.

Sin decir nada, Tato Orlando, un hombre con más años en su cuerpo de los que realmente desearía tener, pulsó un botón verde dentro del teclado que había al alcance de su mano. Aquella señal verde advertía a su servicio de vigilancia interna de que el visitante tenía vía libre.

Danaket no tardó en presentarse ante la puerta del despacho, puerta que se abrió automáticamente. El mismísimo Danaket iba escoltado por un terrícola y un ser de Igon. Los demás se habían quedado de vigilancia.

—Hola, Danaket; hacía tiempo que no te veíamos por aquí. ¿Cómo está el honorable Jemmy Sincron?

Tato Orlando sobrio con una cordialidad preñada de servilismo y a Danaket no, se le escapaba aquella actitud de querer agradar que mostraba Tato Orlando. Aquel terrícola tenía mucho que perder si Jemmy Sincron lo colocaba en su lista negra.

—¿Dónde están Albano y Tiberio?

La pregunta fue como un disparo. Danaket acababa de detenerse frente a la mesa de control del despacho de Tato Orlando. El ser de Igon se puso muy cerca de Adolph, el hombre de confianza de Orlando, y miró a éste de manera muy especial, como si le invitara a

cometer la torpeza de sacar su arma. Adolph puso una media sonrisa en su boca y no se movió. Una vez en su vida había cometido la torpeza de pelearse con un ser de Igon y lo había pagado con varios meses de convalecencia y varias cicatrices en su cuerpo que no le iban a desaparecer en la vida.

—Pues, verás, Danaket…

La diestra de Danaket, armada con las recias uñas, se movió hacia adelante cogiendo por las gruesas solapas la casaca de noche que vestía Tato Orlando y fue como si cosiera la tela. Danaket alzó en el aire a Tato Orlando pese a sus ochenta kilos de peso.

—¿Dónde están Albano y Tiberio?

—Ya, ya te lo iba a decir, Danaket.

Danaket lo soltó y Tato Orlando, ofendido, se colocó bien la ropa.

—Adelante.

—Yo nada tengo que ver en este asunto. Vosotros debíais estar lejos del ***Frontier Planet*** que ha cambiado de gobernador confederal galáctico y… —resopló antes de proseguir—. Albano y Tiberio ofrecieron resistencia a la policía confederal y Albano murió incinerado, sólo cenizas quedaron de él.

—¿Y Tiberio?

—Está en una de las celdas de la cárcel confederal, allí fue confinado y aislado. Eso es todo lo que sé.

—¿Y no se le ocurrió a nadie enviar un aviso al honorable Jemmy Sincron?

—Yo no podía hacerlo, compréndelo. Si lo hubiera hecho, habría admitido una complicidad con Albano y Tiberio que estaban extorsionando a otros propietarios de casino. La asociación de propietarios la formaron casi quinientos miembros. Después de todo, yo soy independiente, no trabajo para Jemmy Sincron como tú. Pago mi cuota y asunto terminado.

—Una cuota que te da derecho a protección, Tato Orlando, no lo olvides. Has tenido varios tropiezos y nosotros te los hemos resuelto mejor que la policía confederal.

—Sí, es cierto —admitió Tato Orlando, callándose que los casos en que recibiera la protección del honorable Jemmy Sincron, habían sido venganzas personales o acciones que estaban totalmente fuera de

la Ley.

Danaket reprimió su agresividad para decir:

—De modo que mientras estábamos lejos del ***Frontier Planet***, aquí han cambiado las cosas.

—Algo, sí. El nuevo gobernador confederal es un hombre duro y algunos dicen que justo, aunque eso de la justicia es muy difícil de mantener en un planeta frontera como éste, adonde llegan seres de todas las civilizaciones de la Galaxia.

—¿Ha aumentado el poder de la policía?

—Creo que en un veinticinco por ciento —repuso Tato Orlando.

—No es mucho para que se las dé de duro —rezongo Danaket que apartó sus pupilas rojas de Tato Orlando como para meditar—. ¿Y quién es ese nuevo gobernador?

—El general Borj.

—¿Un miliciano?

—Procede de las milicias cósmicas de los marcianos.

—Conque los marcianos, ¿eh? Esos hijos de perra que emigraron del planeta Tierra para colonizar Marte y que allí se hicieron independientes como marcianos, pero que en el fondo y en la forma son terrícolas.

—Son independientes, pero pertenecen a la Unión Confederal de la Galaxia con idénticos derechos que los terrícolas.

—Bien, bien, veremos qué decide el honorable Jemmy Sincron sobre este desagradable asunto.

—Yo no he pagado la cuota, como todos los demás, porque la cámara acorazada que tenían Tiberio y Albano fue confiscada.

—Eso no es problema, seguro que no han podido abrirla. Sin la clave ultramagnética, es imposible abrirla y siempre se corre el riesgo de que explosione la bomba termonuclear encerrada en ella, haciendo desaparecer toda esta metrópoli de aventureros galácticos. No, los agentes del gobernador no se habrán atrevido a abrirla porque la advertencia de explosión termonuclear está grabada en la propia puerta.

—No, no la han abierto, que yo sepa; pero sí tienen vigilancia policial. No me extrañaría que cuando el general Borj sepa que estáis

aquí, ordene vuestra detención.

—¿Bajo qué cargos? —preguntó Danaket, irónico.

—No sé, quizá haya alguna denuncia.

—Pues habrá que averiguar quién es el que ha hecho la denuncia contra nosotros.

—Yo no lo sé; si lo supiera, os diría el nombre.

—Sí, creo que sí lo harías, Tato Orlando; es lo que más te conviene. Si el honorable Jemmy Sincron se entera de que te has callado el nombre del chivato, recibirás una visita francamente desagradable.

—Yo no me meto en líos, Danaket, tengo mucho trabajo con mi Gran Casino Centauro.

—Tienes buenos colaboradores que te llevan el casino, un casino que te produce pingües beneficios.

—No puedo quejarme —admitió—, pero también tengo muchos gastos, entre ellos la cuota de protección que le pago al honorable Jemmy Sincron que, por cierto, exclusivamente alta. Quizá sea eso lo que ha hecho que alguien os denunciara.

—¿Excesivamente alta? Sabes que muchos de los aventureros no revientan tu casino o los de otros porque temen las represalias del honorable Jemmy Sincron. Nosotros no tenemos fronteras para ir en busca de quien os perjudica.

—Sí, sí, claro —admitió Tato Orlando que temía a Danaket.

El peligro más grave que podía ocurrirles era no pagar el ***racket*** al honorable Jemmy Sincron, porque la negativa significaba la destrucción segura y casi inmediata del negocio propiedad de quien se había negado; de esta forma no cundía el mal ejemplo.

—De todos modos, estad atentos a las indicaciones de Jemmy Sincron. Veremos cuánto dura el nuevo gobernador del ***Frontier Planet.***

CAPITULO II

Aris conectó el fino cable flexible y sobreprotegido a la cabina del ***bulldozer*** submarino para poderse comunicar con Buck que era quien manejaba la máquina por el fondo de la hidroesfera que cubría

totalmente aquel planeta que estaban explorando.

—Aumenta el poder de la luz, Buck.

—En seguida, Aris. ¿Crees que conseguiremos algo?

—Por lo menos, lo intentaremos —le respondió Aris que vestía un traje espacial en su versión ligera, pues no tenía que protegerse de radiaciones cósmicas ni de una temperatura excesivamente baja, pues a aquella profundidad sólo estaban a unos tres grados Celsius.

La potente excavadora propulsada por energía nuclear avanzaba como un gran monstruo submarino mientras Aris, a pie, exploraba el suelo de cerca hasta que encontró una señal metálica con luz propia y levantó la mano.

—Buck, es aquí. ¿Estás listo?

—Sí, apártate.

—Excava con mimo.

—De acuerdo, de acuerdo, acariciaré las rocas.

Mientras Aris vigilaba de cerca, el ***bulldozer*** comenzó a remover el fondo marino de aquel planeta totalmente cubierto por las aguas y que habían desechado la mayoría de los aventureros del espacio por no considerarlo interesante.

Aris y su grupo sí lo habían estimado interesante, por ello habían estado explorando bajo las aguas hasta considerar oportuno descender el ***bulldozer***.

Estuvieron trabajando casi tres horas sin problemas de descompresión, ya que el traje les protegía adecuadamente. No era ni mucho menos lo mismo que descender con escafandra simple.

—¡Párate, Buck, párate!

La excavadora detuvo su pala y Aris trepó por encima de ella. El agua se había enturbiado, pero gracias a los potentes focos que el ***bulldozer*** llevaba consigo, podía ver.

—¿Lo has encontrado? —inquirió Buck.

—No lo sé todavía, espera. No te muevas, no me vayas a aplastar —le respondió Aris a través del cable de telecomunicación.

Con sus manos enguantadas, Aris apartó algunas piedras hasta que dio con una que brillaba más que las otras pese a su suciedad. Aris

la limpió como pudo y la levantó en alto.

Lo que parecía una roca brillante, tenía casi tres palmos de largo por otros tres de ancho y de fondo. Aris la levantaba bien gracias a que se hallaban bajo las aguas.

—¡Lo hemos conseguido, Buck, lo hemos conseguido!

—¿Es un diamante gigante? —gritó Buck desde el interior de la cabina del fenomenal ***bulldozer*** submarino.

—Sí, sí, estoy seguro y tiene que haber más. Hemos descubierto una veta diamantífera de gemas gigantes como no se han visto jamás.

—¡Esta vez hemos pescado algo gordo! —exclamó Buck, jubiloso.

De pronto, Aris se quedó quieto, con la piedra en la mano, mirando por encima del ***bulldozer*** cuando él casi se encontraba encima de la pala.

—¿Qué te sucede, Aris? —preguntó Buck, percatándose del brusco cambio de actitud de su compañero.

—Buck, Buck…

—¿Qué diablos pasa?

Aris acababa de ver algo tan inesperado como sorprendente. Eran dos ojos fosforescentes, dos ojos que tendrían un radio de metro y medio cada uno y estaban tan separados entre sí que daban una idea bastante aproximada de la anchura del monstruo que se hallaba cerca de ellos.

Aquella bestia submarina, desconocida para los terrícolas, estaba observando el luminoso ***bulldozer.***

—¿Tienes un arma, Buck?

—¿Un arma?

—Sí. Detrás de ti tienes un monstruo que parece un cangrejo gigante.

Buck se revolvió dentro de la cabina para mirar por el cristal posterior. El enorme monstruo parecía estar a la expectativa, su volumen sería unas diez veces superior al del propio ***bulldozer***.

—No, no tengo armas.

—Entonces, sal del ***bulldozer***, puede que el monstruo te ataque. Nos está observando.

—Tú si llevas pistola, Aris.

Despacio, Aris soltó el gran diamante que consiguiera extraer del subsuelo de la hidroesfera. Desenfundó la pistola mientras Buck se colocaba el traje de supervivencia para poder salir de la cabina del ***bulldozer***, pues en cuanto abriera la puerta, el agua entraría en tromba en su interior.

No era fácil salir de su encierro y la bestia submarina levantó sus gigantescas pinzas para atacar.

Si sus primeros movimientos habían sido lentos, luego fueron rápidos y las pinzas atraparon el ***bulldozer*** que comenzó a ser agitado.

En su interior, Buck fue sacudido salvajemente mientras Aris, que se había apartado de la pala, disparaba contra la bestia.

Hizo fuego entre los ojos, un espacio superior a los diez metros, pero aquel monstruo debía tener un caparazón calcáreo de un grosor muy considerable, por lo que la herida no fue mortal.

—¡Aris, Aris! —gritó Buck dentro de la cabina, viéndose casi imposibilitado para colocarse el yelmo del traje de supervivencia.

—¡Agárrate donde puedas!

El monstruo atenazaba al ***bulldozer*** con sus pinzas y lo sacudía golpeándolo contra el suelo rocoso al tiempo que trataba de estrujarlo y partirlo en pedazos

Aris disparó ahora contra uno de los ojos que estalló con una luminosidad iridiscente que fue como un mundo de fantasía.

El impacto destruyó uno de los ojos del monstruo y lo enfureció horriblemente. El ***bulldozer*** crujió, la plancha de la cabina se partió y uno de los cristales estalló.

El agua la inundó en tromba y Buck entró en el mundo del silencio.

Aris sabía que le quedaba muy poco tiempo para ayudar a su amigo y disparó contra el otro ojo de la bestia acorazada que levantaba y golpeaba el pesado ***bulldozer***.

En una de las sacudidas, Buck salió despedido fuera de la cabina. Aris corrió hacia él mientras el monstruo, ciego de rabia y ciego físicamente, seguía empeñado en destruir al que creía su enemigo.

Para la bestia crustácea, el ***bulldozer*** semejaba tener vida propia

porque gruñía y crujía. Comenzó a chisporrotear y la bestia sufrió fuertes calambres al pasar al interior de su cuerpo la energía nuclear transformada en energía eléctrica con una potencia de varios miles de voltios.

Aris encajó el casco sobre la cabeza de Buck y lo cerró, esperando que el agua que había quedado dentro del casco pasara al resto del traje. Después, conectó la respiración artificial y Buck comenzó a moverse despacio mientras el ***bulldozer*** era destrozado por el cangrejo gigante que en su muerte quería llevarse también a su enemigo, el ***bulldozer*** atómico.

—¿Estás bien, Buck?

A Buck le llegaba el agua por la barbilla, tenía el traje lleno y según como se movía, el agua le llegaba a la boca, por lo que evitaba hablar.

—Toma la pistola, yo voy a coger el diamante. Por lo menos nos llevaremos una muestra y regresaremos en otra ocasión —le dijo Aris siempre pegando su casco contra el de su amigo para que se transmitiera el sonido de su voz.

Buck asintió y tomó la pistola. Miró al monstruoso cangrejo y le disparó a la unión de una de las pinzas que terminó por partirse mientras las patas que terminaban en temibles puntas hacían saltar rocas en derredor.

Aris regresó al lugar donde había quedado el diamante. Era un sitio peligroso porque en su agonía, la bestia, que aún debía tener vida para rato, sacudía el ***bulldozer*** como sí fuera un juguete entre las manos de un niño con rabieta.

Consiguió coger el diamante y cargado con él, fue al encuentro de Buck. Luego, ambos echaron a andar hacia el punto donde estaban los cables que habían utilizado para descender el ***bulldozer*** al fondo submarino.

Aris se acercó al cable de comunicación y efectuó el enganche con su yelmo.

—Santy, ¿me oyes?

—Sí, ¿todo bien?

—Sube aprisa, tenemos dificultades.

Buck se agarró a uno de los cables y otro tanto hizo Aris con su preciosa carga.

Sobre las aguas flotaba una nave espacial, posada sobre una gran plataforma de plástico hinchable.

La grúa les elevó hasta la plataforma que había en la boca de carga. Santy estaba allí y les vio subir.

—¡Aris, Aris! —gritó al ver el gran diamante—. ¡Vaya pedrusco!

Aris le lanzó la piedra a los pies y Santy la agarró antes de que cayera al agua, regresando a su morada.

Lo que hizo Aris fue socorrer a Buck quitándole el yelmo. El agua brotó por su traje.

—Está congestionado. Rápido, a la cámara de descompresión.

—¡Por todos los meteoritos jupiterianos, en seguida!

Santy dejó el diamante sobre la plataforma, escurriendo el agua que lo empapaba, y preparó la cámara de descompresión mientras Aris conducía a Buck hacia ella. Buck ya estaba inmerso en una borrachera de nitrógeno, pues el traje no había funcionado.

Despojaron a Buck de su traje y lo metieron en la cámara de descompresión. La cerraron y la pusieron en funcionamiento.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Santy.

—Este mar no está tan muerto como parece, abajo hay criaturas monstruosas.

—¡Habéis sido atacados?

—Sí, una especie de cangrejo gigante ha destrozado el ***bulldozer***. Hemos sido demasiado ingenuos.

—¿Destruido totalmente?

—Sí, y lo malo es que la veta diamantífera está en zona rocosa.

—Si el ***bulldozer*** ha sido destruido, ¿qué podemos hacer, emplear martillos ultrasónicos?

—Sí, pueden funcionar bien, pero ahora no los poseemos. Tendremos que regresar y equiparnos con mejor material.

—¿Será rentable hacer esta operación?

—¿Has visto el diamante?

—¿El diamante?

Santy silbó y salió corriendo. Debido al oleaje que movía la gigantesca plataforma plástica sobre la que se hallaba posada la astronave, el diamante se había escurrido hasta el borde de la plataforma y estaba a punto de caer de nuevo al agua.

Santy se lanzó en plancha para agarrar con sus manos el gran diamante y evitar que cayera al agua. Luego, cargado con él, regresó al interior de la nave.

—¡Uf, cómo pesa este pedrusco...!

—Sí, pesa lo suyo —aceptó Aris, observando a Buck que se hallaba dentro de la cámara de descompresión.

—¿Creer que una vez tallado será puro?

—Eso espero. Primero lo tallaremos y así sabremos si merece la pena regresar aquí con material nuevo y bien armados. No creo que el bicho que nos ha atacado sea el único que existe bajo estas aguas que cubren todo el planeta, un planeta que hace millones de años debió de ser muy rico en bosques y que ha sufrido infinidad de cataclismos hasta quedar como está.

—Pero, ¿de dónde habrá podido salir tanta agua como para cubrirlo por completo?

—¿No has oído hablar de los *icebergs* cósmicos?

—Sí, claro.

—Un meteorito de hielo de agua, tan consistente y duro como una piedra, ha debido viajar por el espacio sideral hasta toparse con este planeta. Al chocar contra esta atmósfera, se habrá convertido parte en vapor de agua y el resto habrá estallado contra la superficie del planeta, llenándolo de hielo, y de las proporciones del meteorito dependerá la cantidad de agua que le habrá llegado por el espacio.

—Sí, es una buena teoría; pero, ¿qué más da que sea la cierta o no?

—Es verdad, lo mismo da. El caso es que abajo, tal como suponíamos, existen estos diamantes gigantes. Ahora, ya nada más podemos hacer aquí. Conocemos las coordenadas de este lugar con exactitud; no obstante, dejaremos una boya submarina con emisión radiactiva para mucho tiempo. De este modo, cuando regresemos, lo detectaremos con facilidad.

—¿Crees que le sucederá algo grave a Buck?

—No, se repondrá en veinticuatro horas, pero ha podido ser peor. Esa criatura monstruosa ha estado a punto de comérsenos con pinzas.

—¿Tan grande era?

—El ***bulldozer*** ha sido un juguete en sus manos.

Santy silbó de admiración.

—Bueno, hemos conseguido arrancar este diamante de muestra. Nos lo tomaremos con más calma, no tenemos por qué ir aprisa.

—Entonces, ¿qué hacemos, esperamos aquí veinticuatro horas?

—No, no es necesario. Buck está cómodo dentro de la cámara de descompresión, podemos partir ahora mismo.

—¿Rumbo a...?

La astronave fue cerrada en su totalidad. Aris y Santy fueron a la cabina de mando y se acomodaron en las butacas anatómicas. Los paneles de control comenzaron a funcionar.

—¿Cerrada toda la nave?

—Fugas, cero.

—¿Combustible?

—Máxima potencia —respondía Santy.

—¿Ignición motores?

—Comenzada cuenta atrás, treinta segundos.

Los relojes, controlados por el ordenador electrónico central de la nave, empezaron a moverse con rapidez mientras los motores entraban en funcionamiento.

Al llegar a **«cero»**, una gigantesca llamarada blanca brotó por la proa de la astronave que se elevó en el aire.

La plataforma plástica sobre la que estuviera posada, se incendió totalmente, quedando como una isla de fuego sobre aquel mar que inundaba todo el planeta.

La astronave se elevó en la atmósfera y no tardó en cruzarla saliendo al vacío exterior, saltando al espacio sideral. La maniobra resultó perfecta y la astronave terrícola de aquellos aventureros de la Galaxia logró un fuerte impulso que comenzó a alejarla rápidamente del planeta acuoso.

—¿Crees que conseguiremos todo lo que nos hace falta en el ***Frontier Planet****?* —preguntó Santy.

—Seguro, allí puedes comprar lo más raro que se te ocurra si tienes con qué pagarlo y nosotros ahora tenemos un buen crédito.

—Para que pudieran darle su verdadero valor al diamante y que no sea un ***bluff****,* habría que tallarlo.

—¡De eso me encargo yo! —dijo Aris—. He traído el instrumental necesario y el microcerebro electrónico de control de medidas en gemología. Ese microcerebro nos dará los prismas en que ha de ser tallado ese pedrusco.

—¿Cuántos quilates crees que tendrá?

—No sé, por encima de los cien mil. Nuestro brillante será la admiración de todos los seres de la Galaxia, jamás se ha encontrado nada semejante.

—Los seres de Duwan tienen uno muy grande del que se sienten orgullosos.

—Sí, tres mil quinientos quilates ya en limpio. El nuestro, si no tiene ninguna falla, los superará y lo que es aún mejor, espero que éste no sea el mayor que se encuentre en la veta que hemos descubierto en ese planeta.

—Pues, manos a la obra, Aris. Ardo en deseos de ver si el diamante se puede convertir en un brillante perfecto, sin fallas, o tendremos que transformarlo en un montón de brillantes más o menos grandes pero pequeños en comparación con lo que imaginamos y deseamos.

Mientras su nave se dirigía al ***Frontier Planet****,* los terrícolas se pusieron manos a la obra. Ignoraban aún los problemas que les aguardaban en el ***Frontier Planet****,* en cuya órbita, como una pelota sostenida entre varios chorros de agua e iluminada por un centenar de minisoles artificiales que orbitaban al propio planeta y no a la inversa, había una macronave, siniestra e invulnerable a todos los ataques.

En aquella nave, temida por muchos y mirada con recelo por las milicias cósmicas de las más distintas civilizaciones de la Galaxia, viajaba Jemmy Sincron, apodado, entre cuchicheos, el ***gangster*** galáctico.

CAPITULO III

El astropuerto del ***Frontier Planet*** era inmenso.

Poseía dos pistas enormes para toma de contacto en oblicuo y luego otras para descenso en vertical. Algunas de las gigantescas astronaves preferían quedarse en órbita y de ellas salían pequeñas naves que eran las que descendían.

La nave terrícola ***Savage-23,*** pilotada por Aris, descendió al astropuerto utilizando una de las pistas. Siguiendo las órdenes de control, ocupó su lugar de estacionamiento.

El astropuerto del ***Frontier Planet*** tenía un tráfico constante de naves que iban y venían. Aquel era el astropuerto más importante de la Galaxia por su movimiento y no pertenecía a ninguna civilización planetaria concreta, si no a la Unión Confederada Galáctica.

Un comité en el que estaban representadas todas las civilizaciones planetarias pertenecientes a dicha Unión, gobernada aquel planeta delicado en tensiones y muy difícil de controlar, un planeta donde se podía encontrar de todo, desde el placer a la ruina, pero esencialmente la muerte.

Lo que no se había podido conseguir en el ***Frontier Planet,*** especialmente en la gran metrópoli, sede del juego, el vicio, el comercio y los grandes negocios, era evitar que los seres, fuera de donde fuesen, no llevaran armas consigo. Todos las llevaban y no era raro que se empleasen.

La ***Savage-23*** quedó quieta con los motores silenciosos. Buck, ya repuesto, miraba el gigantesco brillante tallado según los cálculos matemáticos de un ordenador creado esencialmente para laboratorios de gemología.

Buck no había asimilado todavía bien la visión de la grandiosidad de aquel brillante que reflectaba la luz de forma cegadora.

—Con este brillante sí que haremos fortuna —opinó Buck—. Lo pondremos a subasta, ¿no, Aris?

—Sí, pero sin prisas; posiblemente cuando hayamos regresado a por más.

—Si lo vendiéramos como pieza única, elevaríamos su precio —le observó Santy.

—Tienes razón, pero sería como engañar al comprador. Creo que lo mejor es mostrarlo a los de la banca para que nos den crédito para comprar todo el material que nos hace falta y no será necesario venderlo. Además, todo depende de los brillantes que consigamos; luego ya veremos qué se puede hacer con ellos.

—Si nos dan crédito, nos obligarán a dejarlo en el Banco por si nos desintegramos por el espacio —objetó Buck, reacio a dejar en manos de los banqueros aquella gigantesca y, por el momento, única pieza por su tamaño, su pureza y su poder de reflexión, además de su dureza.

—En las cajas de caudales es donde estará más seguro y seguirá siendo nuestro. Un brillante de este tamaño despertará la codicia de muchos y no tengo deseos de camorra. ***Frontier Planet*** es un reducto de aventureros de todas las clases. Los hay como nosotros que vamos a lo nuestro sin tener que molestar a los demás y otros que son los *killer,* matan y chupan el trabajo ajeno.

—El brillante estaría mejor guardado en nuestra nave, por poco perdemos la piel para conseguirlo. Cuando recuerdo aquel monstruo que desmontó el ***bulldozer,*** todavía me estremezco —dijo Buck que enviaba la luz de una linterna contra el brillante, complaciéndose en la reflexión de la gema. El brillo era intensísimo y de una belleza inigualable.

—¿Vas a ir directamente a la Banca? —preguntó Santy, añadiendo de inmediato—: Por lo menos hay tres grupos financieros que nos darán crédito sin límites en cuanto vean esta piedra.

—Sí, pero antes quiero hacer una visita a un antiguo amigo. Hablaré con él, es posible que me diga cómo ven las cosas por el ***Frontier Planet.*** Antes de meter este brillante en la caja de caudales de un Banco, quiero asegurarme de que es lo suficientemente seguro ese Banco y quiénes lo regentan.

Con su *ATH* de cuatro plazas, Aris abandonó el astropuerto.

Santy y Buck se encargarían de poner en su punto la nave ***Savage-23*** sin telecomunicar a nadie que habían conseguido aquel brillante tan importante como único y que sería la sensación de todos los seres que componían la Unión Confederada Galáctica.

Se introdujo por uno de los amplios viales periféricos de la metrópolis dirigiéndose al área más residencial y cuidada. Allí crecían los árboles más exóticos traídos de distintos planetas. Grandes extensiones de hierba, cuidada por expertos jardineros, daban al lugar

un aspecto muy hermoso.

Las casas, unifamiliares, se hallaban muy separadas entre sí para no molestarse. Cada una de ellas era de un estilo distinto, pero todas poseían un confort magnífico y no dependían absolutamente de nada ni de nadie.

Tenían agua propia, sistema energético también propio y telecomunicadores inalámbricos.

Cuando ascendió por una colina desde la que se dominaba a lo lejos la gran ciudad, verdadero hervidero de aventura, codicia, sueños y fracasos, a Aris se le encogió el corazón hasta el punto de que sintió un ligero dolor en él al ver los árboles negros, carbonizados.

El lugar donde había existido una magnífica mansión, estaba vacío, todo muerto, no crecía ni la hierba y un gran cráter ocupaba el lugar donde estuviera la casa de la que no quedaba ni rastro.

Aris no podía creerlo, tuvo que asegurarse comprobando la numeración de las amplísimas parcelas. Después, entró con su vehículo en aquella tierra quemada y se detuvo. ¿De qué iba a servir descender del vehículo para ver el interior?

—¿Qué habrá ocurrido? —se preguntó.

De pronto, al otro lado de la vasta parcela calcinada, casi detrás de un árbol de cinco troncos, posiblemente traído del planeta Igon, descubrió un vehículo pequeño.

Tuvo la impresión de que no estaba allí por casualidad y avanzó con su *ATH,* cruzando la parcela.

El pequeño vehículo no se movió. Dentro de él había una mujer que llamó su atención. Aris abrió el micrófono de megafonía exterior y habló por él para que la mujer pudiera oírle sin tener que abrir su vehículo.

—Me llamo Aris, soy amigo del general Borj. ¿Sabe usted lo que ha ocurrido aquí?

La mujer, que tenía un rostro muy hermoso y unos cabellos de color oro con reflejos verdosos, le respondió también a través de su megafonía exterior, pues ambos continuaban encapsulados en sus respectivos vehículos.

—El general Borj ha desaparecido. Su residencia estalló durante la noche y sólo quedó lo que ahora puede ver.

—¿Estaba el general Borj dentro de su casa?

—Sí, seguro que sí. ¿Qué se puede comprobar ahora si todo quedó tal como está?

—¿Qué ha dicho la policía?

—Accidente doméstico, quizá falló la pila nuclear que le abastecía energéticamente. No hay pruebas de nada.

—Eso es increíble. Las pilas nucleares que se utilizan en las residencias privadas son muy estables, con mínimas posibilidades de explosión.

—Los jueces que han fallado el caso han dictaminado «accidente».

—Es muy raro. ¿Era todavía el gobernador del comité de la Unión Confederada que controla el ***Frontier Planet***?

—Sí, pero yo tengo motivos para sospechar que no fue accidente.

—¿Qué motivos?

—Mi padre quería imponer él orden en ***Frontier Planet*** y lo han hecho desaparecer.

Aris quedó perplejo y miró con mayor atención a la mujer que seguía en el otro vehículo.

—Yo sabía que el general Borj tenía una hija llamada Minella.

—Minella soy yo.

—Creí que era una muchachita...

—La muchachita ha crecido —replicó ella con sequedad. Maniobró con su vehículo y se alejó sin añadir nada más.

Aris quedó confuso ante aquella parcela calcinada, antes tan hermosa, y abrumado por la desaparición de la casa de la que ahora sólo quedaba un cráter en el fondo del cual hasta las piedras se habían fundido en el momento de la tragedia, cambiando de forma.

Borj era un amigo del que había aprendido mucho, un marciano al que había admirado, un hombre al que solía pedir consejo como lo hubiera hecho con su padre, de existir aún.

Terminó alejándose de aquel lugar desolado, ya nada tenía que hacer allí.

El general Borj había desaparecido, no se había encontrado de él

ni el más pequeño resto identificable, por lo que cabía suponer también que en la muerte no había sufrido.

Se dirigió a la metrópoli.

Su ánimo estaba decaído. Siempre cabía dentro de las posibilidades que al ir a visitar a un amigo al que se había visto desde hacía mucho tiempo, le dijeran que había muerto; sin embargo, la noticia era dolorosa.

Vio el ajetreo abigarrado de la metrópoli donde abundaba el crimen que la policía no lograba erradicar. Pensó en el Gran Casino Centauro y hacia allá dirigió su vehículo, estacionándolo. Luego, se introdujo en el local.

Pasó por el gran salón y buscó la llamada sala de los ejecutivos. Allí todo era más selecto, más cuidado y moderado, desde la música hasta las chicas animadoras.

En realidad, en lo que se diferenciaba aquella sala de las demás era en que cualquier consumición costaba el doble que en el resto del Gran Casino Centauro y cualquier persona que buscara camorra o mostrara síntomas de embriaguez, era rápidamente invitado a salir de allí por dos seres de Igon contratados por el Gran Casino. En muchas ocasiones, era llevado a una piscina que había junto a uno de los salones y arrojado al agua.

La entrada en la sala de ejecutivos era gratis en apariencia, pero bastaba cruzar su umbral para que al salir se estuviera obligado a colocar la tarjeta de crédito en la ranura de caja, y aunque no se hubiera consumido nada, tenía que abonarse el valor de una consumición mínima que era casi equivalente a una consumición lujosa de los otros salones. De esta forma, se evitaban los mirones.

Aunque caminaba sombrío, Aris sabía bien lo que quería y dónde buscarlo.

Ya dentro de la sala de los ejecutivos, se sentó en un taburete frente al mostrador y pidió:

—Un paquete de mentobacco y un cóctel de estrellas.

La camarera era terrícola. También las había de Duwan pero no de Igon, pues por su aspecto un tanto feroz, producían intranquilidad en los clientes que no eran de dicho planeta.

Arrancó la punta del cigarrillo de mentobacco y éste se encendió solo. Comenzó a fumar aquel producto largamente estudiado y

elaborado que no producía hábito ni enfermedades cancerígenas.

—Hola, Aris.

Miró a la chica que acababa de sentarse junto a él. Era muy hermosa, la conocía de otras ocasiones. No era un mujeriego, pero la compañía de una bella fémina siempre era grata, máxime si era inteligente y no había que hablar con ella de tópicos y estupideces,

—¿Está por ahí Tato Orlando?

—¿Quieres hablar con el patrón?

Aris se encogió de hombros.

—¿Qué se comenta por aquí respecto a la desaparición del general Borj?

La mujer cambió el gesto, la pregunta era muy peligrosa.

—Mira, ahí está Tato Orlando.

A Tato Orlando le acompañaba Adolph, su hombre de confianza y a la vez guardaespaldas. Tato Orlando vestía muy de noche, con mucho empaque, como era costumbre en él.

—¡Tato Orlando!

—¡Hola, Aris! ¿Cómo han ido tus exploraciones por esos mundos desconocidos? Traes mala cara.

—Acabo de enterarme de la desaparición del general Borj.

Tato Orlando puso un gesto de pesar.

—Sí ha sido muy lamentable. Ese hombre había comenzado a poner orden en el ***Frontier Planet***, pero ha desaparecido.

—¿Y quién manda ahora?

—El que era comandante de la policía, él ha sido votado por el comité.

—¿Caswon?

—El mismo —confirmó el propietario del Gran Casino Centauro.

Aris sabía que Caswon era un ser de Igon, un miliciano nato, un hombre nacido para obedecer y dar órdenes pero sin imaginación.

—¿Y quién le manda?

—¿Qué quieres decir, Aris?

—No seas ingenuo, Tato Orlando; alguien debe estar manejando a Caswon.

—No sé. Por cierto, tengo que ir a saludar a unos amigos. Me alegro de que hayas regresado, Aris; no todos vuelven cuando se van del ***Frontier Planet.*** La aventura de la exploración de los planetas siempre es muy arriesgada.

—Bien. Si ves a alguno de los banqueros, puedes decirles que tengo algo importante que ofrecerles.

Tato Orlando, que ya había dado un paso hacia adelante para alejarse, balanceó su cuerpo impidiendo que siguiera avanzando.

—¿Has descubierto algo impresionante, algo que pueda interesar a los banqueros y financieros?

—Puede —dijo, lacónico.

Aris sabía que no podía hablar de pedir créditos porque, de insinuarlo siquiera, ninguno de los banqueros importantes se le habría acercado. Había demasiados aventureros en ***Frontier Planet*** pidiendo créditos.

—Oye, si me lo cuentas a mí, puede que lleguemos a un entendimiento. Ya sabes que soy un terrícola de palabra y debemos ayudarnos entre nosotros.

—Creí que sólo estabas interesado por tu Gran Casino que te produce tantos beneficios.

—No son tantos como parece, también hay muchos gastos e impuestos.

Adolph, mordiendo la palabra, silabeó:

—***Racket.***

—¿***Racket,*** os hacen extorsión?

—Yo no he dicho nada —objetó Tato Orlando.

Adolph sí lo decía; de este modo, su patrón siempre quedaba limpio de posibles acusaciones.

—El honorable Jemmy Sincron ha apretado más los tornillos.

—¿Jemmy Sincron, el ***gangster*** de la Galaxia? Sospechaba que hacía ***Racket,*** pero no sabía hasta qué punto.

—Ya ves, las cosas no son tan fáciles aquí como parece —suspiró Tato Orlando, poniendo cara de circunstancias.

—¿Y la policía?

—¿No preguntabas si alguien manejaba al comandante Caswon, ese ser de Igon que ahora es el gobernador del ***Frontier Planet***?

—Vaya, al final lo has soltado, de modo que es el ***gangster*** de la Galaxia quien manda ahora aquí.

—Yo no he dicho tanto, pero si te tropiezas con Danaket y sus matones, es mejor que te apartes de su camino. Últimamente, algunos colegas míos han tenido encuentros desagradables que con un poco de sensatez hubieran podido evitar.

—¿Sensatez o sometimiento? —trató de puntualizar Aris.

Tato Orlando volvió a encogerse de hombros.

—¿No es lo mismo? Llámalo como quieras, es la forma de sobrevivir.

—Y supongo que la policía dejará hacer tranquilamente a Danaket y a sus matones sin estorbarles.

—Que sepamos —sonrió Adolph, sarcástico—, ningún policía les ha dado el alto todavía y la verdad es que se han hecho notar. Dos casinos han sido calcinados, cinco propietarios están en la clínica de recuperación y uno ha desaparecido para siempre, todo eso sin contar a los vigilantes privados de protección que han desaparecido, seres sin importancia que no cuentan y menos para la policía de ***Frontier Planet*** que mira hacia otra parte cuando Danaket, el hombre de acción del ***gangster*** de la Galaxia, hace sus desagradables visitas.

—¿Y tú les pagas?

—¡Qué remedio! —gruñó Tato Orlando.

—Si todos los propietarios os unierais, tendríais más fuerza para exigir que la policía de la Unión Confederada Galáctica os protegiera.

—Si fuera la policía de un determinado planeta, diría que sí pero aquí la policía está compuesta por los seres más distintos. ¿Qué se les puede pedir cuando sus mentalidades son tan diferentes?

—Obediencia y hacer respetar la Ley.

—Ya, disciplina y obediencia a Caswon. En fin, ¿cuál es ese negocio que querías proporcionar a un banquero, Aris?

Aris quedó pensativo mirando a Tato Orlando como si fuera la primera vez que lo viera. Se preguntaba en qué grado podía confiar en él.

Al fin de un bolsillo extrajo una fotografía olográfica a color que puso en manos de Tato Orlando que observo la imagen tridimensional allí reflejada.

—¿Un brillante? Hum, parece bueno, pero sólo es una fotografía.

—Naturalmente, y una fotografía no refleja bien su tamaño.

—¿Has encontrado una veta diamantífera?

—Es posible. ¿No te interesa saber cuántos quilates tiene este brillante?

—¿Setenta, cien acaso?

—Tiene cien mil doscientos veintitrés quilates.

—¡Cien mil doscientos veintitrés! —repitió, parpadeando atónito.

—En neto.

—Bromeas —gruñó Tato Orlando.

—No, no es ninguna broma, mira esta otra foto.

Le mostró otra fotografía olográfica a color en la que podía verse a Buck sosteniendo el brillante ya tallado en la forma llamada siglo XX que ofrecía ochenta y ocho caras o facetas.

Tato Orlando no daba crédito a lo que veía. El brillante, en las manos de Buck, se veía muy grande.

—Jamás ha existido un brillante semejante en ninguna parte de la Galaxia.

—Sé que vas a decirme que los diamantes más grandes encontrados los han tenido los duwan y que están en los cuatro mil quilates, pero cuatro mil quilates ya los tienen los diamantes que han sobrado del tallado de este pedrusco que ves en fotografía.

—¿Dónde has encontrado esta joya?

—Eso es secreto, no lo diría ni que me arrancaran la piel a tiras.

—¿Vendes al brillante?

—Por el momento, no.

—Entonces, ¿para qué buscas a un banquero?

—Quizá para que lo guarde en su caja de caudales.

—Espera, Aris, espera... Yo tengo una caja de caudales magnífica, de la misma calidad que las de los Bancos.

—Es que hay más que eso.

Tato Orlando se mostraba ansioso por llegar a un acuerdo, fuese el que fuere, con el propietario de aquella gema tan excepcional.

—Tengo nuevos proyectos y necesito crédito —dijo Aris.

—¿Cuánto?

—Creo que con veinte millones de stars me las arreglaré.

—Eso es mucho.

—Sí, mucho, pero el valor de ese brillante es ilimitado.

No vale veinte millones, dos mil me los darían mañana mismo si lo subastara.

—No hay nadie en ***Frontier Planet*** que tenga dos mil millones de stars en efectivo.

—Aceptaría el ingreso en diferentes Bancos de la Galaxia; no obstante, no voy a precipitarme en la venta del brillante.

—Veinte millones de stars en crédito, ¿a que interés?

—El uno por ciento cada mil horas, acumulativo.

—Bueno, Aris, te puedo abrir una tarjeta de crédito por veinte millones. El brillante será la garantía.

—¿El brillante?

—Claro. Tú puedes gastar los veinte millones y desaparecer después.

—Mira, como garantía puedo dejarte una centésima parte del brillante.

—¿Una centésima parte? Eso es absurdo.

—Si no te devuelvo el dinero, tendrás derecho a quedarte con una centésima parte del brillante de la cual serás propietario.

—No me gusta eso.

—Ni a mí me gusta dejar un brillante como ese en garantía. Bastaría que yo sufriera un accidente para que el brillante fuera tuyo.

—¿Me crees capaz de asesinarte?

—Por un brillante como ése, muchos serían capaces de asesinarme, por eso he tomado mis precauciones, —le quito las fotografías.

—Verás, Aris primero me gustaría verlo.

—Es lógico. Te avisaré cuando puedas verlo, ya te he dicho que tomo mis precauciones.

Aris tomó el cóctel de estrellas y se apartó del propietario del Gran Casino Centauro que se había quedado dubitativo.

Decidió buscar por sí mismo a los banqueros más poderosos radicados en ***Frontier Planet,*** los hombres que esperaban hacer grandes negocios con los aventureros afortunados y también con las empresas que vendían allí sus productos que eran muchos y a precios abusivos que ninguna reglamentación, podía controlar.

Era la ley de la oferta y la demanda al nivel más salvaje; sin embargo, no habían sido pocas las ocasiones en que algunos aventureros, resentidos por aquel expolio, habían tomado sus represalias personales destruyendo almacenes u oficinas.

Vio a una mujer que caminaba como una sonámbula por entre las mesas del gran salón y la reconoció de inmediato.

—Minella.

Se acercó a ella, y la tomó del brazo.

—Vamos.

—¡Eh! ¿Qué hace?

—Soy Aris, hace un rato hemos hablado.

Minella quiso protestar, mas ya Aris se la llevaba consigo, apartándola de las miradas lascivas de muchos de los aventureros que allí concurrían.

CAPITULO IV

Adolph, el hombre de confianza y guardaespaldas de Tato Orlando, había tomado sus precauciones para entrevistarse con quien deseaba.

Su vehículo permanecía estacionado en el ***parking*** subsolar de un edificio comercial al que arribó un vehículo *ATH* poderoso y negro que se detuvo junto a él.

Adolph, vigilando que no le viera nadie, se introdujo en el vehículo de los ***gangsters***.

Se vio entre varios sujetos de diferentes etnias; los había de Igon, de Duwan y el que conducía, era un terrícola.

Abandonaron el estacionamiento, cruzaron la metrópolis y llegaron a un edificio apartado, rodeado de un amplio cinturón verde. Cuando se apeó, lo condujeron a un tubo elevador y en escasos segundos llegó a la planta ático del edificio desde la cual se dominaba la ciudad.

En la amplia terraza se hallaban estacionadas dos cosmonaves, una pequeña y otra de tipo medio para transportar a medio centenar de seres en un viaje no superior a las veinticuatro horas, ya que no disponía de suficiente aire renovable. En realidad, era una especie de cosmobús privado.

—Sube aquí —le pidió uno de los terrícolas vestidos de negro, señalándole la pequeña cosmonave.

—¿Hay que salir afuera?

—Sube y cierra la boca.

Adolph se acomodó en la butaca. Poco después, la nave se elevaba primero en vertical y luego se impulsó en oblicuo buscando el espacio exterior.

Adolph sabía que no sacaría mucho en claro preguntando al cosmonauta que le transportaba y que iba tan armado como él. Le resultaba raro que no le hubieran desarmado aún.

La nave del honorable Jemmy Sincron era impresionante, Adolph no había visto jamás nada semejante por su grandiosidad. Su aspecto recordaba a un gran meteorito de formas irregulares, por lo que vista a distancia se la tomaba por tal. Así, el ***gangster*** de la Galaxia se

camuflaba en el espacio mientras se desplazaba de un sistema estelar a otro.

Adolph vio a varios cosmonautas caminando por encima de lo que realmente parecía un meteorito; debían estar efectuando alguna reparación o simple repaso de mantenimiento, ya que allí había telecámaras de observación, telecomunicadores y muchos sensores de medición.

Se abrió una compuerta y por ella penetró la pequeña nave.

Al descender del vehículo, Adolph se vio encañonado por varias armas.

—Levanta las manos —le ordenó el jefe del grupo de seguridad.

Adolph sabía que no tenía otro remedio que obedecer y se dejó cachear. Le quitaron su pistola incinerante.

—No te preocupes, cuando regreses te será devuelta, es simple medida de seguridad.

Adolph no estaba muy seguro de si debía arrepentirse de su decisión; de todos modos, ya no podía volverse atrás.

Danaket, el terrícola mutado del cabello rubio y los ojos de un intenso color rojo, le recibió en su despacho.

—Hola, Adolph. ¿Tenías algo interesante que contarme?

—A ti no, Danaket.

—¿A mí no? —repitió en tono irónico.

—No, quiero hablar con el honorable Jemmy Sincron.

—Si hablas conmigo, es lo mismo que si hablaras con él.

—Quiero hablar con el honorable Sincron —insistió con firmeza.

—Te repites demasiado, Adolph. El honorable Jemmy Sincron tiene demasiadas cosas importantes en qué ocuparse para atender a un tipo de tu clase. Si buscas un empleo entre nuestros muchachos, por ahora no es posible.

—Yo he dicho que hablaría con el honorable Sincron.

—Si no quieres hablar conmigo, puedes dar la vuelta y marcharte, habrás perdido el tiempo.

Ante aquella disyuntiva, Adolph se sentó en una butaca. Hubiera

deseado tener un vaso con algo fuerte dentro para bebérselo, se le había resecado el paladar.

Optó por fumarse un cigarrillo de mentobacco que le suavizó la garganta. Al fin, aceptó la situación tal como se le presentaba.

—Quería decirle al honorable Jemmy Sincron que en la metrópoli hay un negocio que puede interesarle.

—¿Un negocio, de qué clase? El honorable Jemmy Sincron controla en cierto modo todos los casinos, tú lo sabes. Tato Orlando, tu patrón paga su buena cuota por la protección del honorable Jemmy Sincron. Los demás, después de dar unas cuantas lecciones a los díscolos, han aprendido que era interesante pagar la cuota que se les pedía. El general Borj ya no es un obstáculo para nosotros, fue una torpeza por su parte tratar de serlo.

—Desapareció desintegrado.

—Fue accidental —puntualizó Danaket sarcástico—. Eso es lo que ha fallado la justicia de la Unión Confederada Galáctica.

—Es un negocio especial.

—Bien, Adolph, adelante. Los negocios siempre se pueden estudiar si merecen la pena, naturalmente; perder el tiempo no es cosa del honorable Jemmy Sincron.

—Un negocio de dos mil millones de stars puede ser interesante, ¿no?

—¡Dos mil millones! ¿Has bebido?

—¿Habría venido hasta aquí si no fuera algo gordo?

De súbito, se encendió una gran pantalla que en realidad era toda una pared. En ella apareció un hombre terrícola con la cabeza totalmente rapada.

Tenía la barba afeitada y el único vello que podía verse en su cabeza era un bigote de guías bien recortadas, cortas y más bien anchas.

Vestía una especie de túnica negra muy brillante con cinturón de cadena de oro y colgantes sobre su pecho de piedras preciosas. En sus manos lucía anillos con gemas raras y valiosas que fulguraban.

Junto a él había una especie de gran terrario en el que estaban encerrados unos ejemplares enanos dé gatosaurios, pequeños animales

que recordaban a los cocodrilos terrícolas y también a los felinos por sus uñas y elasticidad.

Aquellas bestias eran terriblemente carniceras y trepaban por las paredes más lisas y con gran velocidad.

El honorable Jemmy Sincron tenía en sus manos una paloma que introdujo por un agujero del terrario gigante. La paloma empezó a volar de un lado a otro mientras seis de los gatosaurios comenzaban a correr y a saltar hasta que sus alargadas mandíbulas, armadas con doble hilera de dientes, mataron a la paloma haciendo correr la sangre.

Aquellos animales voraces, en pocos segundos no dejaron más que plumas desparramadas.

—¿Dos mil millones, ha dicho? —inquirió el honorable Jemmy Sincron dirigiéndose hacia ellos como si estuviera en el despacho de Danaket y no en otra parte.

Adolph, tras presenciar la muerte de la paloma entre las fauces de aquellos feroces animales que el honorable Jemmy Sincron cuidaba con tanto mimo, trató de explicar:

—Sí, dos mil millones vale lo que está en juego.

—¿Y qué es lo que está en juego? —preguntó el honorable Jemmy Sincron mientras Danaket dejaba hablar a su patrón.

—Un brillante, un brillante que tienen unos aventureros.

—¿Dos mil millones un brillante? —Jemmy Sincron se rió, condescendiente—. No hay brillantes que valgan ese precio, Adolph.

—¿Un brillante que tenga más de cien mil quilates y sea perfecto no los vale?

—No existe ningún brillante que tenga ese peso, ninguno.

—Yo he visto fotografías olográficas.

—Si me estás mintiendo, Adolph, puedes seguir la suerte de esa pobrecita paloma.

—No miento, creí que le hacía un favor contándole lo que sé.

—Es posible, es posible; pero soy reacio a creer que exista un brillante que pese más de cien mil quilates. Compréndelo, el mayor que se conoce lo poseen los seres de Duwan y no excede de los tres mil quinientos quilates.

—Veo que está bien informado —dijo Adolph, servil.

—Me gustan las gemas. Si los duwan pusieran su brillante en venta, lo compraría, pero de tres mil quinientos a cien mil... ¿No será un error?

—No, no es ningún error. El brillante está tallado y los cien mil y pico de quilates son netos. El tallado es en ochenta y ocho caras tipo siglo XX. En la fotografía olográfica que yo he visto, lo tenía un hombre entre sus manos y es un pedrusco enorme, fabuloso. El tipo que lo tiene busca crédito y le ha pedido a Tato Orlando veinte millones.

—¿Veinte millones con la garantía del brillante?

—Sí, pero sólo la centésima parte del brillante como garantía. Tato Orlando está preocupado, es mucho dinero. Si se lo hubieran dejado todo como garantía, habría pagado rápidamente los veinte millones que le pedían, pero se ha puesto nervioso.

—¿Y por qué me lo has contado a mí si el asunto se lo han propuesto a tu jefe?

—Pensé que sabría recompensarme si le daba unos buenos informes.

—¿Y en cuanto estimas que puede cifrarse tu recompensa por los informes que vas a darme?

Adolph vaciló, el paladar volvía a secársele. Al fin, soltó lo que tenía atravesado en su estómago, un número casi en forma de pelota que había ido engordando mientras soñaba con ella.

—Cinco millones. Es una pequeña cantidad teniendo en cuenta el valor de un brillante de esas excepcionales características. En realidad, dos mil millones es lo que ha dicho su propietario calculando su valor muy por encima, porque esa piedra no tiene precio. Si la pone a subasta tal como es su propósito, puede alcanzar un precio de diez mil millones o quizá más. Es posible que algún gobierno lo quiera comprar para su tesoro o para algún ídolo religioso. Ya sabe que los duwan son aficionados a esas cosas.

—Sí, es posible que ellos trataran de comprarlo y cinco millones de comisión o recompensa, como prefieras llamarlo, es una cantidad que me parece razonable.

Adolph vio el cielo abierto al oír las palabras del honorable Jemmy Sincron. En realidad, había esperado que le regateara, incluso

que se negara a pagarle, pero ahora que le decía que no le parecía excesivo, podía ver su futuro de muy distinta forma.

—¿Para qué quiere un tipo como tú cinco millones? —preguntó Danaket, interviniendo por primera vez desde que comenzara a hablar su patrón.

—Es que quiero independizarme. Podría abrir mi propio casino y pagaría la cuota, claro que sí —rió ligeramente. Sudaba y el sudor se le enfriaba, pegado a su cuerpo obeso.

—Es lógico que desees independizarte, Adolph —asintió el honorable Jemmy Sincron. Reflejado en pantalla, su tamaño resultaba cuatro veces superior al natural.

—Es que un conocido quiere abandonar ***Frontier Planet*** y yo podría comprarle su local.

—Será tuyo, Adolph, Ahora, dime, ¿quién es el afortunado poseedor de ese brillante?

Adolph sabía que de nada iba a servir que se lo callase sin haber recibido antes el dinero que pedía.

—Lo tiene Aris.

—¿Aris?

—Sí, Aris. Es un aventurero que viaja con Buck y Santy.

—Sí, he oído hablar de él y tengo su ficha. Yo tengo ficha de toda la gente que puede ser interesante, de ti también, Adolph, y te sorprenderías de los datos que poseo sobre ti. Huellas dactilares, estatura, peso y muchas cosas más. Sí, sé quién es Aris. Viaja en una nave ***Savage-23****,* es un tipo listo y temerario. ¿Dónde ha encontrado el brillante?

—No ha querido decirlo.

El honorable Jemmy Sincron quedó unos instantes pensativo y después admitió:

—Lógico. Si dijera dónde lo ha hallado, se produciría la desbandada hacia ese desconocido lugar, partirían miles de naves repletas de aventureros.

—Tiene el brillante en su nave.

—¿Y cómo se te ocurre que podría apoderarme de él?

—No sé, podría ofrecerle crédito y luego quedarse con la gema.

—No es tan fácil, Adolph. La verdad, creí que venías a proponerme algo interesante, un plan más efectivo.

—Yo le he dado información, no he venido a proponerle un plan de robo.

—Si esa piedra existe, me interesa. Podría tratar de quedarme con ella comprándola.

—No creo que la venda. Aris habla de subasta, entonces el precio subiría mucho y por muy rico que usted sea, un gobierno puede serlo más.

—Eso es cierto. Yo soy muy rico, pero un gobierno como el del planeta Duwan puede serlo más. Entonces, me queda la opción de apoderarme de la piedra en forma expeditiva pero sin que corra ningún peligro.

—Aris es el propietario pero tiene dos socios, Buck y Santy. Sólo son tres y usted tiene a mucha gente.

—No quiero correr riesgos. Trabajarás en colaboración con Danaket, Adolph, él te irá explicando lo que deberás hacer. En principio, buscarás a ese Aris y le dirás que Tato Orlando está dispuesto a darle el crédito que quiera sin exigirle garantías especiales. Se conformará con que ponga el brillante en la caja de caudales de un Banco con solvencia.

—Si Tato Orlando se entera de que he venido a verle y de que estoy utilizando su nombre, pagará para que me maten y en ***Frontier Planet*** hay demasiados aventureros sin suerte que cobran barato por asesinar a alguien.

—Tato Orlando no hará nada de eso. Si tú te enteras de que él ha averiguado algo, házmelo saber de inmediato y yo ya le hablaré para que no se inmiscuya en mis asuntos. No temas, cuando está en juego el nombre del honorable Jemmy Sincron, Tato Orlando es de los que se hacen a un lado, no quiere morir aún.

Adolph abandonó la extraña nave en forma de meteorito, una nave gigantesca que servía para viajar camuflado por el cosmos.

Se sintió eufórico; Danaket ya le había dicho que se pondría en contacto con él nada más hubiera dado Adolph los primeros pasos hacia Aris.

Dentro de la gran nave del ***gangster*** de la Galaxia, éste habló con

su hombre de acción.

—Quiero mucha atención en este asunto, Danaket.

—La pondremos toda.

—Nada de juegos artificiales cerca del brillante que quema a los setecientos grados Celsius. No quiero que una piedra semejante desaparezca, la quiero para mí.

—La tendrá. ¿Y respecto a Adolph?

—A ese puerco, elimínalo cuando deje de ser necesario.

—Estaba seguro de que me daría esa orden. ¿Para qué pagarle cinco millones si ya da los informes? Es demasiado ingenuo.

—Sí y también un traidor del que no podemos fiarnos.

Déjalo que dé los primeros pasos, pero haz que le sigan de cerca. Hay que actuar rápido, no quiero que nadie se me adelante. Si Aris consigue meter el brillante en la cámara acorazada de un Banco, ya será muy difícil que lo saquemos de allí. Es mejor que vaya a nuestra cámara acorazada y de ella, a mi nave. Quiero tener esa piedra entre mis manos.

Todos los demás asuntos, negocios, extorsiones, drogas, dejaron de tener importancia ante aquel deseo ahora incontenible por apoderarse del brillante más grande jamás conocido en toda la Galaxia.

CAPITULO V

Cuando Aris le preguntó a Minella dónde residía, ella se encerró en un mutismo que expresaba el dolor y el desconcierto que sentía.

Pese a su físico ya formado, Minella era muy joven, una muchacha que aún tenía atados los lazos que la unieran a su padre, unos lazos que no se habían roto para unirse en pareja a otro hombre.

Sí, Minella era más joven de lo que realmente parecía. Su cuerpo femenino resultaba tan hermoso como exuberante. Atraía rápidamente las miradas de los hombres, especialmente de terrícolas y marcianos, aunque también se la miraban de forma significativa los igonitas y los seres de Duwan.

Tras observarla de reojo, optó por llevarla a un club de ocio muy exclusivo y vigilado. Mientras, llamó por el telecomunicador sin dejar

de pilotar su vehículo *ATH*.

—Santy, soy Aris. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo bien.

—Tardaré unas horas en regresar, tengo que hacer. Ha habido novedades en el ***Frontier Planet***.

—¿Novedades, buenas o malas?

—Malas. El gobernador Borj ha desaparecido. No os mováis de la nave por el momento y colocad el sistema de vigilancia. Ahora, el gobernador es un igonita.

—¿Un igonita? Si esos tipos no piensan...

—Quizá por eso es el gobernador, puede que reciba órdenes de alguien. Ya hablaremos de todo esto.

—¿Has encontrado el crédito que necesitamos?

—Todavía no, pero lo conseguiremos. Ahora, corto, ya volveré a llamaros.

Aris quitó la telecomunicación y puso música suave.

El club del ocio se hallaba a unas docenas de kilómetros de la metrópoli; era un lugar casi paradisíaco, acordonado por sistemas muy complejos y sofisticados de vigilancia para evitar intrusos que no pasaran por las entradas correspondientes. Allí dentro se garantizaba paz a quienes la buscaban y descanso para quienes pudieran pagarlo.

Minella viajó en silencio, se dejaba llevar. Se mostraba como ausente.

Se internaron en el club. Aris recogió una llave que correspondía a un pequeño ***bungalow*** dotado con los servicios de confort más indispensables.

Cada ***bungalow*** estaba muy separado del resto, con grandes extensiones de césped bien cuidado, árboles de verdes cambiantes.

Cada ***bungalow*** poseía su pequeña piscina propia y para los que deseaban la compañía y proximidad del prójimo, había instalaciones deportivas y de diversión general múltiples.

—Anda, ya puedes salir.

Ella le miró y preguntó después:

—¿Por qué me has traído aquí?

—Porque creo que necesitas compañía. Yo apreciaba mucho a tu padre aunque yo sea terrícola y vosotros marcianos. Para mí, marcianos y terrícolas somos lo mismo pese a las pequeñas mutaciones que, en tu caso concreto, lo que han hecho es aumentar tu belleza.

—Papá habló muchas veces de un terrícola llamado Aris.

Minella entró en el ***bungalow,*** perfectamente equipado. En el frigorífico podían tomar lo que les apeteciese, de este modo no eran molestados por los repartidores.

—Voy a bañarme —dijo él.

Aris deseaba darse un chapuzón, bracear. El viaje desde el planeta acuoso hasta el ***Frontier Planet*** había sido largo. También deseaba que su ejemplo obligase a despertar a Minella que seguía muy afectada por la desaparición de su padre, convertida casi en una sonámbula que vagaba por la metrópoli del ***Frontier Planet,*** expuesta a caer en las manos de cualquier aventurero lascivo o propietario de club nada escrupuloso.

Después de nadar en la pequeña piscina de aguas escrupulosamente limpias, salió de ella y vio a Minella tumbada en una de las hamacas, tomando el sol.

La joven vestía un monobikini; las braguitas eran la mínima expresión y de color oscuro.

La belleza de la muchacha marciana destacaba ahora en todo su esplendor. Los senos podían verse al natural tal cual eran, sin estar ocultos.

Las líneas de su cintura, de sus caderas, de sus muslos, de sus piernas, resultaban perfectamente redondeadas, guardando unas proporciones que le daban un aspecto elástico y ágil, casi felino.

Aris se sentó a su lado sobre la hierba; chorreaba agua.

—Minella.

Ella semejaba ausente. Al fin, hizo un sonido de asentimiento sin despegar los labios.

—No tienes adonde ir, ¿verdad?

—No.

—¿No tienes amigos?

—No.

—¿Y amigos de tu padre?

—Los amigos de mi padre me dan evasivas; tienen trabajo, han de salir o ya están ausentes.

—¿Como si hubieras caído en desgracia?

—Exacto.

—Y eso te ha hecho pensar, ¿verdad?

—Sí, me han hecho pensar que mi padre no murió accidentalmente porque nadie quiere hablar del asunto.

—¿Tú no sabes quién pudo desear la muerte de tu padre?

—Es lo que he tratado de averiguar —dijo, ya más locuaz.

Aris había conseguido romper el hielo con que se rodeara la bella marciana.

—En este planeta donde se dan cita aventureros de toda la Galaxia, muchos podían odiarle por ser el gobernador y un hombre recto y justo, un hombre que trató de reimplantar la ley que se había degradado.

—Le conocía bien y estoy seguro que quería imponer la ley y el orden, pero aquí eso es muy difícil. Es el único planeta con vida civilizada, ciudades avanzadas, ley y policía, donde se tolera llevar armas porque no se puede garantizar la seguridad de quien no las lleve. Muchos aventureros se arruinan aquí y no tienen medios para regresar a sus países en sus planetas de origen, ni tampoco lo desean y prefieren vivir del crimen.

—Así es, desgraciadamente.

—Si ninguno de los amigos de tu padre quiere ya saber nada de ti, es porque sospechan que el supuesto asesino es alguien con mucho poder.

—Es posible, o mejor diría seguro, pero nadie ha querido darme pistas. A lo único que han llegado algunos de ellos es a proponerme su protección.

—Imagino qué clase de protección te han ofrecido.

—Supones bien.

Aris se inclinó sobre ella y los ojos de ambos se encontraron.

—No estás sola, Minella, cuenta conmigo. Si al general Borj lo han asesinado, averiguaremos quién ha sido, porque no sólo le han hecho daño a él si no a todo el ***Frontier Planet***. Si la ley queda en manos de criminales que la utilizan para sus fines, todos saldremos perdiendo y lo cierto es que no me fío del nuevo gobernador, un igonita no puede ser un buen gobernador. Los igonitas no tienen talento suficiente para gobernar, son seres para obedecer. Por eso su planeta no ha evolucionado tanto como otros planetas.

—Si descubres de forma irrefutable quién es el asesino de mi padre, te daré lo que me pidas.

—¿Lo que te pida?

—Sí, lo que me pidas, y soy consciente de cuánto me puedes pedir, siempre que yo lo posea, claro.

Aris acercó sus labios a los femeninos y los besó con suavidad, sin deseo desbordado, con delicadeza.

Ella recibió la caricia sin rechazarla, pero tenía los ojos abiertos y Aris se dio perfecta cuenta de ello.

—Lo encontraremos.

Se apartó de ella y dándose cuenta de que corría el riesgo de dejarse llevar por su sensualidad instintiva, se arrojó a la piscina de cabeza, sumergiéndose hasta el fondo como buscando frialdad.

CAPITULO VI

—¿Estás ahí, Aris? —preguntó Adolph por el telecomunicador de servicio público.

Fue Santy, desde el interior de la nave, quien respondió.

—No, no está aquí.

—Vengo a por lo del brillante. Si puedo esperarle arriba...

Santy tardó en responder, debía estar consultando con Buck. Al fin, dijo:

—Si llevas armas, déjalas en tu vehículo, porque si te las descubrimos, te desintegramos.

—No, voy desarmado.

Adolph subió por la rampa y la puerta de la nave ***Savage-23*** se abrió ante él.

Buck apareció en la entrada. Era más corpulento que el propio Adolph y no dejaba de mirar con recelo al guardaespaldas de Tato Orlando que ignoraba lo que estaba haciendo el hombre en quien confiaba mientras él, a su vez, entraba en conversaciones con algunos banqueros.

La posesión del extraordinario brillante le atraía, pero también sabía que jamás tendría suficiente dinero para comprarlo y que si daba crédito a Aris, sólo sería eso, prestar un crédito que recibiría con intereses, nada más. No lograría quedarse con la gran gema porque Aris quería tomar toda clase de precauciones.

—Aris está buscando un crédito —comenzó a decir Adolph mientras encendía un cigarrillo de mentobaco sin prisas, con naturalidad.

—¿Acaso tú tienes el dinero que pide Aris? —le preguntó Buck dubitativo. El recelo no se le pasaba.

—No, no lo tengo, yo sólo soy un emisario, ni siquiera un intermediario. Por cierto, me gustaría ver si el brillante en la realidad responde a las fotografías olográficas —miró a Buck y prosiguió—: En tus manos parece muy grande, pero ¿no habrá algún trucaje?

Buck se sintió molesto y le pidió:

—Ven y lo verás.

Le condujo al lugar donde guardaban el brillante.

Buck lo había colocado sobre una caja forrada de terciopelo azul oscuro. A Adolph se le agrandaron los ojos nada más verlo.

Buck encendió unas luces que había preparado y cuyos haces incidían en la gema que brilló de forma cegadora.

—Maravilloso, es mejor de lo que había imaginado —musitó, impresionado.

—¿Convencido ahora?

—Sí. Y encima tendréis piedras pequeñas que os habrán sobrado del tallado de ésta, ¿verdad?

—Sí —asintió Santy, acercándose—. Una de ellas es ya más grande que el brillante que los duwan tienen como el mayor de la Galaxia.

Le mostró la gema en su mano; era como un gran huevo.

—Yo haría mi fortuna con ese resto —comentó Adolph. Sus ojos brillan, estaban llenos de luz.

—Tú y cualquiera —le dijo Buck.

—¿Dónde habéis encontrado estas piedras tan magníficas?

—Secreto, amigo, secreto —le dijo Buck.

—Es raro que las hayáis conseguido. Todos los planetas están siendo explorados palmo a palmo buscando riquezas y nadie ha encontrado nada igual. Como no hayáis descubierto algún planeta nuevo…

Buck y Santy se miraron y sonrieron, no estaban dispuestos a darle datos a aquel hampón, aunque sabían que la noticia correría por toda la metrópoli y que varias naves aventureras estarían listas para partir cuando ellos despegaran y les seguirían a distancia para saber hacia dónde se dirigían.

Si habían encontrado aquel fabuloso diamante, podían haber más, iguales o más pequeños, pero que bastarían para enriquecer a quienes los encontraran y siempre cabía la esperanza de hallar uno mayor.

—Si yo estuviera en vuestro lugar, tampoco lo diría, os habéis hecho ricos.

—Todos los que exploramos los planetas buscamos la fortuna —le dijo Buck—, y pocos logramos encontrarla, pero nos jugamos la vida en cada viaje. Nunca sabemos contra qué peligros vamos a tener que enfrentarnos.

—¿Y cuál fue el último peligro que se os presentó?

—No hace falta que le respondáis —dijo la voz de Aris, que acababa de llegar.

—Hola, Aris —le saludó Adolph, tratando de mostrarse muy cordial.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a decirte que el crédito que pides será tuyo sin problemas.

—¿Tato Orlando ha cambiado de parecer?

—Sí, ha meditado sobre el asunto. Quiere ser tu amigo, por eso te dará el crédito al uno por cien cada mil horas. Es lo justo, ¿no es cierto?

—Sí, lo justo. Hay quien exige más y hay quien se conforma con menos.

—Pero no se quedará con el brillante como garantía.

—Bien, eso está bien. ¿Cuándo podré hablar con Tato Orlando?

—Ya te avisaré, será suficiente con que el brillante lo deposites en la caja de caudales de algún Banco con garantías.

—Ya sabe que el aval sólo será la centésima parte del brillante.

—Sí, tú se lo especificaste bien claro, pero también se le ha ocurrido que cuando lo subastes lo hagas en Su Gran Casino Centauro para que llame la atención. Un poco de publicidad nunca viene mal, la subasta puede ser retransmitida por todas las cadenas de TTV.

—Me parece justo, aunque no sé cuándo se celebrará esa subasta.

—Tato Orlando no tiene prisa. Es un asunto entre amigos y no creo que tú le falles después de haberte dado el crédito.

—No, yo sólo tengo una palabra —le dijo Aris.

—Entonces, trato hecho, ya te avisará cuando el crédito esté listo. ¡Ah!, el brillante es mejor de lo que yo había imaginado. Sólo que cobrases diez stars por mostrarlo a cada visitantes que quisiera verlo,

ya os haríais ricos.

Adolph abandonó la nave ***Savage-23***. Todo iba bien, no habían recelado nada, pero temiendo algún contratiempo, montó en su vehículo y se trasladó a gran velocidad hacia el gran casino Centauro.

Penetró en el local y buscó a Tato Orlando que conversaba con dos mujeres.

—Tato Orlando, tengo que hablarte.

—¿Sucede algo, Adolph?

—Sí, algo importante.

Adolph sonrió a las féminas.

—Disculpadme un momento.

Cuando las chicas se hubieron apartado lo suficiente, Adolph le habló confidencialmente.

—El ***gangster*** de la Galaxia se ha interesado por el brillante de Aris.

Tato Orlando torció el gesto.

—Tenía que ser así, era un negocio demasiado grande para que fuera para mí. —Se encogió de hombros—. Bueno, otra vez será.

—Hay otro asunto.

—¿Cuál?

—El honorable Jemmy Sincron ha hecho creer a Aris que eres tú quien concede el crédito.

—¿Yo?

—Sí, pero no temas, nada tienes que hacer ni que dejar. Si Aris se telecomunica contigo, basta con que asientas a todo lo que te diga, no le contradigas. El asunto está en manos del honorable Jemmy Sincron.

—¿Y tú cómo sabes todo eso, Adolph?

—Porque me han pedido que te lo diga. Se han puesto en contacto conmigo, ha sido Danaket y ya sabes que a ese tipo de los ojos rojos no se le puede llevar la contraria. Yo, por el momento, no quiero morir.

—De modo que se han puesto en contacto contigo para que me

alertes. ¿Y por qué no han hablado conmigo directamente?

—No lo sé, ha sido cosa de ellos todo este asunto —mintió Adolph.

Tato Orlando le miró fijamente y tras una pausa que al propio Adolph se le antojó eterna, Tato Orlando se encogió de hombros.

—No tengo por qué violentarme con el ***gangster*** de la Galaxia. Si él se ha encaprichado del brillante, ¿qué puedo hacer yo? Pero tú, Adolph ándate con cuidado, el honorable Jemmy Sincron es despiadado con quienes le estorban.

—Sí, ya lo sé; por eso he preferido obedecerle, no quiero ser un obstáculo para él. Todos le temen y, en realidad, es él quien controla ahora el ***Frontier Planet***. No es ningún secreto que el nuevo gobernador obedece al honorable Jemmy Sincron.

—Sí, no es ningún secreto; pero es mejor que no se diga en voz alta, ahora no tenemos a quién recurrir. A través del nuevo gobernador, él puede disponer de la policía que hay aquí.

—Creo que si yo estuviera en el pellejo de Aris, le regalaría el brillante al honorable.

—Sí, Adolph, creo que yo también lo haría; más vale la vida que un brillante por fantástico que sea, a menos de que dispusiera de una nave muy veloz para huir de aquí. El ***gangster*** de la Galaxia no se atreve a viajar adonde los gobiernos son fuertes.

Adolph se separó de su patrón. Se fue a uno de los mostradores y allí pidió de beber. Se sentía bien, muy bien, todo estaba saliendo como había previsto y, para celebrarlo, escogió a una jovencísima terrícola que le había atraído desde el principio y le exigió más que pidió:

—Vamos.

Ella dudó un poco, pero ya sabía quién era Adolph y se sometió con una sonrisa de circunstancias.

Adolph la sacó del Gran Casino y la llevó a los apartamentos que había cerca.

Uno de aquellos apartamentos era suyo; sólo tuvo que introducir la llave y franquear la puerta.

—Entra.

—¿Tanta prisa tienes? —inquirió la chica que no parecía demasiado satisfecha por aquel trabajo extra que Adolph le obligaba a efectuar y seguramente sin ningún rendimiento económico.

La joven terrícola que había caído en manos del hampa de ***Frontier Planet*** se metió en el cuarto de baño. Estando dentro de él, escuchó ruidos; Adolph acababa de recibir visita.

—¿Cómo ha ido eso, Adolph?

Danaket, con sus hombres, se había introducido en el apartamento sin llamar, forzando la cerradura.

—Hola, Danaket, quería verte para contarte que todo funcionaba tal como ha planeado el honorable Jemmy Sincron.

Danaket, acompañado de un duwan armado y de un igon que vigilaba atento, enarcó las cejas, inquisitivo.

—¿Ah, sí? Explícate.

—Aris acepta el supuesto crédito que se le concede. Acudirá a la cita que se le proponga y en cuanto a Tato Orlando, no molestará.

—¿Cómo lo sabes?

—Le he dicho que el asunto del brillante de Aris está en manos del honorable Jemmy Sincron.

—Ahora hay que tenderle la trampa a Aris.

—Seguro que caerá en ella. Tiene el brillante pero le falta dinero en efectivo para los suministros que su nave necesita.

—Escucha bien, Adolph, esa cita es importante. Tenemos un lugar adecuado y en absoluto sospechoso…

CAPITULO VII

—Aris, te llaman por el televideófono.

Haciendo caso de lo que acababa de decirle Buck, Aris se situó frente al televideófono en el que aparecía la señal de llamada.

—¿Quién llama? —preguntó, al no ver a nadie en pantalla.

—Una amiga.

Aris comprendió que el aparato no estaba estropeado y que si no veía a su interlocutora en la pantalla del telecomunicador público al que la nave ***Savage-23*** estaba conectada, era porque quien llamaba había oprimido el botón para que no se le viera.

Era una de las posibilidades que tenían los que hablaban por aquel sistema público; si deseaban que se les viera en pantalla, seguían las normas habituales y en caso contrario, pulsaban el botón que anulaba la telecámara que captaba su propia imagen.

—Una amiga debe de tener nombre —le observó Aris que no la veía pero sabía que ella sí le estaba viendo a él en su pantalla.

—Me llamo Caroline, pero mi nombre no te va a decir nada. Tengo el tiempo limitado, me quedan pocas monedas para seguir hablando.

—Adelante, Caroline, si deseas hablar conmigo puedes hacerlo.

—Aris, el ***gangster*** de la Galaxia te está tendiendo una trampa.

—¿El ***gangster*** de la Galaxia?

—Sí, Danaket es quien está colocando la red. Estás en peligro, pero ahora no puedo hablar más. A las ocho te espero en el apartamento 44 del ***Comet Building***.

—Un momento, un momento... ¿Qué es lo que quiere de mí el ***gangster*** de la Galaxia?

—El brillante.

No fue la mujer que le estaba hablando quien cortó, si no el propio aparato público que al no recibir más monedas interrumpió la telecomunicación automáticamente.

Aris quedó preocupado frente a la pequeña pantalla del

televideófono. Hubiera deseado ver el rostro de la mujer.

—¿Ocurre algo malo, Aris? —le preguntó Buck.

—No lo sé —respondió Aris con el ceño fruncido—. Es posible que tengamos problemas.

—He oído algo del ***gangster*** de la Galaxia.

—Sí, es lo que me ha dicho una desconocida que parece llamarse Caroline. ¿Tú sabes algo de ella?

—No, no conozco a ninguna Caroline.

—¿Y tú, Santy? —le preguntó cuando el otro compañero acababa de aparecer junto a ellos.

—¿Caroline? No, no conozco a ninguna.

—Está bien, acudiré a esa cita.

—Puede tratarse de una broma —objetó Santy.

—O de una trampa —añadió Buck.

—Sea lo que sea, tengo que encontrarme con ella. Ha hablado del *gangster* de la Galaxia, el honorable Jemmy Sincron.

—Sería mejor que ese tipo no se hubiera fijado en nosotros —rezongó Buck.

—El brillante que tenemos es muy importante. Si el *gangster* de la Galaxia ha oído hablar de él, querrá poseerlo.

—Puede hacer una oferta de compra y la estudiaríamos —dijo Santy.

—El honorable Jemmy Sincron no paga si puede evitarlo. El brillante sin nombre que poseemos tiene un valor que todavía no se ha fijado pero es muy alto; y si Jemmy Sincron ha oído hablar de él, tendrá deseos de poseerlo sin verse obligado a efectuar el gran desembolso que significaría su compra.

—¿Crees que podemos ser atacados por los secuaces del honorable de marras? —preguntó Santy.

—Es una posibilidad, por ello hay que mantener en todo momento colocados los sistemas de defensa de la nave.

—Por lo que yo sé, el honorable Jemmy Sincron posee dispositivos bélicos suficientes para desintegrarnos —le recordó Santy.

—Sí, pero eso no lo haría jamás.

—Podemos avisar a la policía pidiendo protección —opinó Santy.

Aris se pasó la mano por sus cabellos castaño claros al tiempo que decía, como si en su mente comenzaran a clarificarse algunas confusiones que le habían estado molestando:

—¿La policía? El jefe de la policía es un igonita y si el *gangster* de la Galaxia está aquí en el ***Frontier Planet**,* ya podemos imaginar quién es el que maneja al nuevo gobernador, ese ser llamado Caswon que hasta ahora había sido jefe de la policía.

—¿Quieres decir que Caswon, el nuevo gobernador, es un títere movido por el ***gangster*** de la Galaxia? —preguntó Buck.

—Es muy posible que así sea; sin embargo, sólo son sospechas, nada podemos demostrar. Lo malo es que si esas sospechas fueran ciertas, seria terrible, porque el ***gangster*** de la Galaxia, además de disponer de criminales para imponer el crimen, el terror y la extorsión, dispondría de la policía también.

Buck apoyó su amplia espalda contra la pared metálica y opinó:

—No sería la primera vez que tal cosa sucediera en la historia de nuestra civilización terrícola.

—Sí, en la civilización terrícola ha ocurrido que los ***gangsters*** de cuello blanco han encontrado la forma de que determinados policías sirvan a sus intereses y, ya se sabe, el agente obedece ciegamente las órdenes que recibe de su superior por disciplina y acaba protegiendo el crimen sin proponérselo, sin saberlo siquiera en muchas ocasiones. Que eso haya pasado en nuestra civilización que se ha cimentado sobre codicias, intereses y ambiciones, lo comprendo, pero que ahora en la Unión de civilizaciones de la Galaxia ocurra lo mismo, es muy triste.

—Me temo, Aris, que en todas partes la codicia y la ambición hacen estragos y de ello sacan partido los hombres como el honorable Jemmy Sincron, que no entiendo por qué lleva el sobrenombre de ***honorable***.

—Será una burla a lo verdaderamente honorable —opinó Santy.

—Bien, de nada sirve que nos quedemos aquí platicando, acudiré a esa cita. Si es el ***gangster*** de la Galaxia quien maneja al actual gobernador Caswon, puede que tenga mucho que ver con la desaparición del general Borj.

—¿Crees que al general Borj lo hizo desaparecer el *gangster* de la Galaxia?

A la pregunta de Santy, Aris, ya puesto en pie, respondió:

—Pudiera ser. El general Borj era un hombre justo que quería terminar con el crimen en el ***Frontier Planet***. Un hombre así tenía que molestar forzosamente al ***gangster*** de la Galaxia que impone su extorsión a los propietarios de los casinos y otros establecimientos de la metrópoli donde tanto dinero corre.

—Si averiguas que ha sido él, ¿qué harás, Aris? No olvides que tiene a la policía de su lado. Bastará una orden del nuevo gobernador Caswon y docenas de policías caerán sobre ti. Es posible que alguno te abra el cráneo de un porrazo para que no llegues a ningún tribunal donde puedas gritar lo que supones.

—Es un riesgo que he de correr, lo que no voy a hacer es cerrar los ojos a lo que ocurre.

Aris abandonó la nave ***Savage-23*** en su pequeño pero veloz vehículo ATH que se desplazaba por encima del suelo a una altura de unos tres palmos, lo que evitaba que tuviera rozamientos que frenaran su marcha.

La pila atómica era quien le daba el impulso que le hacía avanzar a varios cientos de millas por hora sin que el vehículo sufriera la más leve vibración, mientras el microcerebro electrónico que llevaba en el salpicadero le evitaba cualquier posible colisión, ya que el frenazo era automático si algún obstáculo surgía de repente y visualmente ya no tenia tiempo de captarlo.

El ***Comet Building*** se hallaba casi en el centro de la metrópoli.

Era un edificio singular, de atrevida arquitectura, un edificio que nada tenía que ver con todo lo construido en los siglos veintitrés y veinticuatro de la era terrícola.

Podía ir al estacionamiento del propio edificio, pero temiendo una posible trampa, prefirió aparcar en un lugar discreto, a la entrada de un parque que allí había.

Estando de por medio el ***gangster*** de la Galaxia y Danaket, su verdugo a sueldo, cualquier cosa podía pasar, máxime poseyendo Aris un brillante tan singular que debía haber despertado la codicia del ***gangster*** de la Galaxia.

Cruzando por extensos parterres de césped bien cuidado y setos

con flores, se acercó al ***Comet Building***. Aún no había llegado a él cuando escuchó un grito desgarrador.

Se detuvo en su avance y alzó la mirada. Vio volar un cuerpo humano que gritaba desesperadamente porque sabia que volaba hacia la muerte. Aris tuvo tiempo de ver asomar unos brazos por una ventana abierta.

Todo ocurrió tan rápidamente que nada pudo hacer por detener aquel cuerpo que se estrelló con un golpe sordo y patético.

Aris no fue el único que la vio caer. Corrió hacia la mujer que vestía tan solo una combinación íntima.

Había caído sobre la hierba. No había sangre a su alrededor, pero ella había quedado con los ojos abiertos, demasiado abiertos, unos ojos hermosos que se vidriaron rápidamente con la firma de la muerte impresa en ellos.

—Pobrecita, casi era una niña —opinó una mujer, acercándose.

—Sí, era muy joven —asintió un hombre mientras ya un agente corría hacia aquel lugar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el policía que debía de ser un marciano.

—Ha caído de arriba —le señaló una mujer que no parecía en absoluto afectada.

Aris observó entonces que un hilo de sangre comenzaba a salir por las comisuras de los labios de la desgraciada joven que había volado hacia la muerte y tuvo la impresión de que sabia su nombre.

—No ha caído —dijo Aris, de pronto.

El policía se lo quedó mirando e inquirió:

—¿Qué ha dicho?

—He visto unas manos en una ventana. Estoy seguro de que la han arrojado por ella.

—¿Desde qué ventana? —preguntó el agente que protegía su cabeza con el casco amarillo de reglamento.

—Desde aquella que aún está abierta.

—Veremos si es así. Que nadie toque nada, voy a llamar a una ambulancia.

Aris corrió hacia el ***Comet Building***. Se introdujo en uno de los ascensores y subió a la planta cuarta. No era muy alta, pero el edificio poseía una planta baja con techos sobresaltos que tendrían una altura equivalente a tres plantas.

La puerta del apartamento cuarenta y cuatro estaba cerrada. Aris llamó varias veces y subía el policía cuando ya Aris cargaba con su cuerpo contra la puerta.

—¿Qué hace? Eso está prohibido —le objetó el agente. Aris podía haber utilizado su pistola para fundir toda la puerta, pero le bastó cargar contra ella para descerrajarla no era de calidad.

Se vio en un apartamento pequeño pero confortable donde todo estaba en desorden. Ropa femenina tirada aquí y allá, la ventana abierta...

—Sí, parece que esa desgraciada vivía aquí. Se habrá arrojado al vacío, es algo bastante frecuente entre los que se arruinan, aunque ella era bonita, podía haber encontrado solución a sus problemas.

Aris buscó algún indicio que pudiera proporcionarle la identidad de los asesinos, mas no encontró nada.

Habían entrado allí cogiendo a la muchacha; debían haberle dado algún puñetazo para hacerla callar y luego habían abierto una ventana, arrojándola al vacío como quien tira algo inservible. Pese a la hierba que acogiera el joven y hermoso cuerpo de la muchacha, ésta había muerto reventada visceralmente.

—¡Eh!, aquí dice que se llamaba Caroline y que trabajaba en el Gran Casino Centauro.

Cuando el policía volvió a mirar a Aris a través del visor de su casco, el joven ya no estaba allí. Le gritó, llamándole:

—¡Eh, usted, usted! ¿Quién es?

Aris desapareció, engullido por un ascensor ultrarrápido.

Al llegar al exterior, corrió por encima de la hierba mientras un vehículo alargado se acercaba ululando para recoger el cadáver de la infortunada víctima de los sicarios del ***gangster*** de la Galaxia.

Aris se dirigió al Gran Casino Centauro.

Estacionó su vehículo y se introdujo en el enorme local donde día y noche las ruletas giraban, donde día y noche las danzarinas excitaban sensualmente a los concurrentes, donde día y noche se

consumían botellas y más botellas de bebida.

Sus ojos fueron de un lado a otro buscando a una persona, a un ciudadano terrícola dentro de aquel emporio de la diversión y el vicio donde no existía el día y la noche, pues cuando se traspasaba su umbral, se entraba en un mundo de luz artificial y el sentido del tiempo se perdía.

Un vigilante de orden interno le detuvo, poniéndole por delante un subfusil incinerante.

—¿Adonde va?

—Quiero ver a Tato Orlando en seguida.

—¿El patrón le ha citado?

Aris contuvo sus deseos de darle un puntapié entre las piernas, no podía llegar allí con violencia pese al asesinato que pocos minutos antes había tenido que presenciar.

—Dile que Aris quiere verle de inmediato.

El vigilante pulsó un botón de su microtelecomunicador portátil y habló después.

—Aquí Uve-7 llamando a Tato Orlando.

—Tato Orlando a la escucha. ¿Ocurre algo?

—Un sujeto de raza terrícola dice querer verle, se llama Aris.

—¿Aris?

—Sí, tiene pelo castaño y ojos azul claro.

—Que pase.

—Adelante.

Aris se internó por el corredor y a partir de aquel momento, las puertas de las dependencias de administración se abrieron automáticamente para él hasta que llegó al despacho de Tato Orlando.

Se alegró al ver que allí también estaba Adolph, aunque éste no parecía muy satisfecho por su visita.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Tato Orlando que quería mantener su postura elegante en todo momento.

—¿Una chica llamada Caroline de raza terrícola trabaja para ti?

—¿Caroline? Para mí trabajan muchas chicas, unas llegan, otras se van.

Adolph asintió:

—Sí, trabaja una muy joven llamada Caroline.

—Trabajaba —puntualizó Aris—. La han arrojado por una ventana.

—Entonces, a esa chica tendremos que borrarla definitivamente de la lista.

—Muy sencillo borrarla de la lista, ¿eh? —silabeó Aris, furioso.

—¿Y qué quieres que haga, Aris? La metrópoli de ***Frontier Planet*** es una ciudad sin ley. Es cierto que hay policía y que la pagamos entre todos, pero, ¿quién evita tanto crimen como hay? Muchos de los policías lo son por asegurarse un salario, pero si se ven en problemas, huyen.

—A esa clase de agentes habría que depurarlos.

—Es lamentable —admitió Adolph—. La chica era joven y muy hermosa. ¿Se sabe quiénes son sus asesinos?

—La policía tratará de averiguarlo, pero no creo que lleguen muy lejos en su investigación. Es muy posible que un juez diga que la chica estaba quitando un poco de polvo al cristal de su ventana.

—Siempre cabe la posibilidad de un accidente —objetó Adolph—, no todo han de ser crímenes.

—Yo he visto los brazos que la han arrojado al vacío, lástima que no he visto el rostro.

—Pues sí que es una pena porque hubieras sido un buen testigo. Supongo que la policía vendrá por aquí a hacer algunas preguntas —dijo Tato Orlando—. Poca cosa podré decirles, les daré la ficha de Caroline—. Miró a su hombre de confianza e indicó—: Encárgate tú de todo este asunto. A mí, la presencia de la muerte me deprime y más si afecta a un ser joven y hermoso.

—No es suficiente —dijo Aris que expresaba en su rostro la contrariedad, el deseo de no dejar que aquella muerte quedara impune, que la infeliz Caroline fuera a parar a la cámara de desintegración para que no se convirtiera en un cuerpo molesto y supuestamente contaminante.

—¿Qué pretendes, Aris? —preguntó Tato Orlando.

—¿Qué sabía Caroline de mi brillante?

—¿Caroline de tu brillante?

Aris tuvo la impresión de que la sorpresa que se reflejaba en el rostro de Tato Orlando era cierta, que no era fingida.

—Sí, Caroline sabía de mi brillante, quería contarme algo; pero antes de que yo llegara a la cita, la han arrojado por la ventana.

—Pues, no tengo ni idea —dijo Tato Orlando. Mirando a su hombre de confianza, le preguntó—: ¿Tú qué sabes, Adolph?

—¿Yo, qué voy a saber? No hablaba con Caroline creo que desde hace días, hay demasiado personal femenino en el Gran Casino Centauro para fijarme en una chica concreta. Si ella ha hablado del brillante es posible que haya oído alguna conversación.

—Yo no he hablado del brillante más que contigo, Tato Orlando.

—Sí, pero tú no me dijiste que fuera un secreto. Adolph también estaba presente y quizá alguien más lo sepa.

—¿Con quién lo has comentado, Tato Orlando? —le preguntó Aris, duro e inquisitivo, agresivo incluso, exponiéndose a que Tato Orlando le despidiera de su despacho; más, éste no lo hizo, conocía a Aris y sabía que no era el momento de hacerle frente.

—Las chicas del casino suelen alternar con tipos de lo más raro —observó Adolph—. Hay muchos aventureros sin escrúpulos y nunca se sabe cómo pueden terminar esas chicas de vida fácil.

—De las cuales vivís vosotros.

Tato Orlando le lanzó una mirada cargada de ira.

—Yo las empleo aquí, lo que hagan fuera de mi local es asunto suyo.

—Sí, pero te beneficias de ellas. Averiguaré quién es el asesino de Caroline. Por cierto, Adolph me dijo que estabas dispuesto a darme el crédito.

—¿El crédito? —Tato Orlando miró a Adolph y éste asintió con la cabeza.

—¡Ah, sí!, el crédito.

—Te había pedido veinte millones, pero he hecho unos nuevos

cálculos al comprobar que los precios han subido más de lo previsto y me hacen falta treinta millones.

—Bueno, tienes un magnífico brillante como garantía.

—Es fabuloso, hace falta verlo para creer que es real —dijo Adolph.

—¿Cuándo tendré el crédito? —inquirió Aris.

—Aguarda un poco, es mucho dinero en efectivo.

—Me bastará con una tarjeta de crédito confirmado para poder comprar con él.

—Sí, pero eso es lo mismo que dinero en efectivo. Adolph se pondrá en contacto contigo y te dirá en qué momento podrás recogerlo. Habrá que depositar el brillante en lugar seguro, no te puedes marchar de ***Frontier Planet*** llevándotelo.

—Es lógico. Buscaremos una cámara acorazada bancaria que sea muy segura, pero quiero ese crédito pronto.

—Lo tendrás. En cuanto a lo que le ha sucedido a esa muchacha, espero que la policía atrape al asesino. Hay demasiado criminal suelto que nos obliga a todos a ir armados por la calle.

—Me gustaría poder confiar en que la policía atrape al asesino —dijo Aris, escéptico, dando por terminada la visita a Tato Orlando y a su lugarteniente.

Aquellos dos hombres nada nuevo iban a decirle sobre la joven asesinada cuando trataba de contarle algo que había averiguado.

Caroline no tuvo tiempo de hablar, de advertirle de lo que le estaban preparando, pero Aris ya sabía que en aquel asunto andaba metido el ***gangster*** de la Galaxia, aunque había preferido no mencionarlo en presencia de Tato Orlando y Adolph.

Aris no estaba seguro de nada, le faltaban datos, pero presentía que una red de astucia, codicia y criminalidad se cernía sobre él. Caroline, aquella joven desconocida, había sido la primera víctima.

CAPITULO VIII

Minella quedó impresionada al conocer lo ocurrido a la desconocida Caroline, una chica que había tratado de ayudar a Aris.

—Ya no cabe duda, el honorable Jemmy Sincron es el culpable de todo lo que sucede.

—Sí, es lo que cabe pensar ahora, pero nada podemos hacer.

—¿Y la ley?

—No confío en la ley del ***Frontier Planet*** por el momento. Tengo sospechas de que es el ***gangster*** de la Galaxia quien le dice al nuevo gobernador, al sucesor de tu padre, lo que debe o no debe hacer.

—Pero, alguien tiene que hacer algo —protestó Minella que ya había abandonado su apatía, su estado ausente. Aris había dado un nuevo impulso a su vida.

—Es muy difícil imponer ley y justicia en un planeta fronterizo. Algún día quizá aparezca otro hombre como tu padre, que encuentre más apoyo en sus subalternos y no se sienta tan solo; pero mientras, el honorable Jemmy Sincron impone su ley.

—¿Y cómo se puede destruir a ese sujeto?

—No lo sé. El quiere tenderme una trampa a mí, tengo que adelantarme y tenderle la trampa a él.

—¿Qué clase de trampa?

—Lo ignoro. El honorable Jemmy Sincron no es fácil de atacar, no desciende al planeta, prefiere permanecer en su gigantesca nave armada y sólidamente protegida.

—Yo quiero clamar contra ese criminal.

—No lo hagas, Minella, no conseguirás nada. Hay muchos funcionarios de la burocracia de este planeta que cobran de él. Ese hombre es astuto y sabe cómo conseguir esbirros que le sirvan.

—¿Es que tenemos que dejarnos matar?

—No, claro que no; pero hay que atacarle de otra forma.

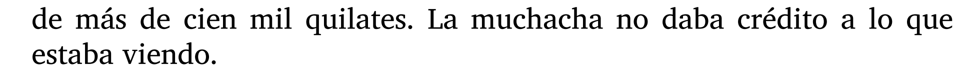
—¿Cuál?

—No lo sé, pero parece que se interesa mucho por un brillante que yo tengo. ¿Quieres verlo?

—¿Un brillante?

—Sí, el más grande jamás encontrado y tallado.

Aris condujo a Minella a la nave y le mostró la gigantesca gema


de más de cien mil quilates. La muchacha no daba crédito a lo que estaba viendo.

—¡Es fabuloso! —exclamó.

—Esa es la palabra, fabuloso —asintió Buck.

—¿El ***gangster*** de la Galaxia lo ha visto? —preguntó Minella.

—No, pero ya tiene referencias de él —contestó Aris.

—Este brillante puede ser un magnifico cebo para atrapar al *gangster* de la Galaxia.

—Sí, puede servir de cebo, pero hay que dejar que se lo coma para que trague el anzuelo.

—¿De qué estáis hablando? —interrogó Santy, apareciendo en aquel momento.

—¿Por qué no vamos a hacerle una visita al honorable Jemmy Sincron? —preguntó Minella de súbito, como lo más natural del mundo. Mil ideas bullían en la mente de la joven que exigía justicia por la muerte de su padre.

Aris meditó un poco y luego aceptó.

—Sí, ¿por qué no?

—Ten cuidado, Aris; ese ***gangster*** te puede quitar hasta la piel.

Ante la advertencia de Buck, Aris dijo:

—Vosotros mantened los sistemas de vigilancia conectados y colocaremos el brillante dentro del horno dé fusión de metales que llevaremos para nuestras exploraciones en los planetas desconocidos.

Buck se asustó y Santy se puso pálido.

—¿El brillante dentro del horno de fusión de metales? Corremos el riesgo de que se queme al llegar a los setecientos grados Celsius —le observó Buck.

—Sí, hay que correr ese riesgo, que baste pulsar un botón para que el horno se ponga en marcha.

—¿Y si se quema? —insistió Buck.

—Habrá, desaparecido, pero es el lugar más seguro para esconderlo. El que intente robarlo corre el riesgo de que todos sus esfuerzos sean inútiles.

Aris y Minella subieron a la pequeña nave accesoria que había dentro de la ***Savage-23*** y que utilizaban para descender a los planetas cuando la gran cosmonave quedaba en órbita.

Antes de que se acercaran a una distancia que pudiera considerarse peligrosa, dos naves de tipo miliciano salieron a su encuentro. Llevaban el emblema del honorable Jemmy Sincron, un gatosaurio rampante sobre un cúmulo de estrellas.

—¡Atención, atención! —comenzó a identificarse—. Soy Aris y quiero ver al honorable Jemmy Sincron.

Las naves de combate privadas que habían partido dé la gigantesca nave en forma de meteorito que era el refugio y ***bunker*** del ***gangster*** de la Galaxia, hicieron unas pasadas en torno a la nave de Aris, como advirtiéndole de su inferioridad bélica por si tramaba algo.

La pantalla de televideocomunicación cósmica, se encendió. En ella apareció el rostro singular de Danaket con sus cabellos rubios y abundantes como la melena de un león, sus pupilas rojas, su mandíbula fuerte y agresiva.

—Aris, sé quién eres; pero, ¿qué es lo que deseas del honorable Jemmy Sincron?

—Quiero hablar con él, tengo un negocio que proponerle.

—¿Cuál es el negocio?

—Hablaré con él —le replicó Aris, sin dejarse intimidar por Danaket, un tipo acostumbrado a imponerse a los demás.

Danaket cortó la telecomunicación unos instantes y luego reapareció diciendo:

—Parece que ha habido interferencias. Aris sabía que no habían habido interferencias, si no que Danaket se había tomado una pausa para consultar con Jemmy Sincron.

—¿Puedo seguir adelante o me vuelvo a ***Frontier Planet***?

—Puedes seguir.

—En ese caso, ordena a los halcones que regresen al nido.

—Está bien, pero uno de ellos te marcará el camino que debes de seguir.

—Correcto.

Sin esperar a que Danaket le diera más instrucciones o advertencias, Aris cortó la telecomunicación.

Una de las pequeñas naves bélicas que protegían la gran nave en la que residía el ***gangster*** de la Galaxia, se colocó a la proa de la nave pilotada por Aris y le marcó el camino hacia lo que semejaba la entrada de una gruta en un macro-meteorito habitado pero que no era otra cosa que una nave camuflada.

Se introdujeron en la gigantesca nave.

Inmediatamente, se abrieron y cerraron compuertas para que el aire encerrado en los tanques de compresión no se perdiera en el cosmos infinito.

El honorable Jemmy Sincron poseía una dotación muy completa de servidores en su nave, hombres que vestían al estilo miliciano con diferenciación de colores en sus indumentarias para saber en cada momento dónde debía estar cada uno de ellos ya qué grupo pertenecía.

El honorable Jemmy Sincron era un pequeño emperador dentro de su mundo, aquella gigantesca nave que casi era un nidal. Resultaba difícil saber a cuánta gente tenia trabajando allí dentro para imponer el terror y la extorsión allá donde quiera que fuese,

Danaket les recibió y se quedó mirando fijamente a Minella.

—Tú eres la hija del que fue gobernador del ***Frontier Planet,*** ¿verdad?

—Sí, soy Minella Borj.

Danaket achicó sus ojos. Miró a Aris e inquirió:

—¿Por qué ha venido ella?

—Porque es mi amiga. El general Borj era mi amigo, ha sido muy lamentable su desaparición.

—Sí, muy lamentable. Ahora, entregad vuestras armas —pidió.

Aris respondió:

—No llevamos armas.

Danaket vaciló; no obstante, advirtió:

—Tendremos que cachearos.

—Ni lo intentes. He dicho que no llevamos armas, eso es todo.

—Aquí tenemos unas normas de protección que hay que cumplir estrictamente, todos pasan por ellas.

—Yo no —replicó Aris.

—Yo tampoco voy a consentir que nadie me ponga las manos encima —advirtió Minella Borj.

Junto a la puerta se encendió una luz verde y una chicharra de escasa potencia sonó por tres veces.

—Está bien, adelante, os conduciré a presencia del honorable Jemmy Sincron.

La pareja comprendió que Danaket acababa de recibir la orden de dejarles pasar, lo cual indicaba que el mismísimo ***gangster*** de la Galaxia debía estar observándoles a través de alguna cámara de orden interno.

Anduvieron por un largo corredor hasta introducirse en un ascensor ultrarrápido.

De cuando en cuando, Danaket lanzaba ojeadas a Minella

que había despertado su curiosidad. Minella podía llamar la atención de cualquier hombre debido a su belleza; cualquier terrícola o marciano se sentiría orgulloso teniendo al lado a una joven tan ágil, hermosa e inteligente.

Danaket no los llevó a su despacho si no al mismísimo santuario desde el cual el honorable Jemmy Sincron dirigía su gigantesca nave interestelar y sus negocios del crimen en la Galaxia.

No podía decirse que hubieran entrado en una sala, si no en un gran salón donde el lujo estaba reñido con el buen gusto.

El honorable Jemmy Sincron almacenaba más que disfrutaba de obras de arte de las más distintas civilizaciones planetarias. Cuadros, estatuillas, piedras preciosas, tejidos de sedas extraterrestres de brillos sin par… Allí no conjugaban los estilos ni siquiera los colores, pero cada una de aquellas obras de arte tenía un precio incalculable, especialmente las estatuillas de gemas y metales raros.

Y en confusa amalgama con las obras de arte, la más sofisticada electrónica. Pesados cortinajes rodeaban paneles de ordenador que enviaban impactos de color continuamente.

Había una pantalla gigante para ver en ella lo que le interesaba y una batería de dos docenas de pantallas de treinta pulgadas para

controlar cada rincón de su gigantesca nave y, al mismo tiempo, contemplar la metrópolis del ***Frontier Planet***.

Desde allí y gracias a sus potentísimas telecámaras, podía ver incluso los vehículos que circulaban por los viales de la metrópoli.

Un gran cristal le separaba de aquel magnífico terrario que era su pasión y en el que se hallaban encerrados los gatosaurios enanos que mostraban sus feroces mandíbulas armadas de terribles dientes. Eran como pequeños cocodrilos, pero con una movilidad felina y capaces de subir por las paredes a la caza de sus presas.

En medio de aquel abigarrado conjunto de obras de arte de los seres de la Galaxia y de la naturaleza cósmica, se hallaba el honorable Jemmy Sincron, alto, con su túnica negra y brillante, con sus colgantes de oro, platino e iridio que engarzaban preciosas gemas y su escudo del gatosaurio rampante sobre un cúmulo de estrellas que podían ser los más grandes y perfectos rubíes de la Galaxia. La cabeza afeitada, la barba tan rasurada que semejaba una piel infantil, su bigote bien recortado y ancho, sus ojos penetrantes, sus manos repletas de anillos.

—Bienvenido a mi mansión sideral, Aris.

—Siempre había oído hablar de usted, pero nunca antes le había visto, ni siquiera en fotografía —respondió Aris.

—Es que yo no dejo que mi imagen se propague por los mundos planetarios, ¿para qué? Basta con que se propague mi nombre al que va unido el clamor del poder que poseo.

—El poder del crimen en la Galaxia. Ningún gobierno se atreve a enviar sus naves milicianas para exterminarlo.

El honorable Jemmy Sincron se quedó mirando fijamente a Minella que acababa de pronunciar aquellas duras palabras, casi mordiéndolas.

—Ningún gobierno tiene motivos legales para atarme.

La voz del ***gangster*** de la Galaxia había sido lenta, calculadamente pausada, muy segura de sí y no exenta de ironía.

—¿Es qué tiene patente de corso en la Galaxia?

—Mi querida y hermosa Minella, porque tú te llamas Minella, ¿no es cierto? Minella Borj.

—Sí.

—Yo no he quebrantado la ley de ningún planeta civilizado.

—Impone la extorsión en los lugares como el ***Frontier Planet*** y los planetas que están siendo explotados por gambusinos siderales.

—Eso ya es otra cosa. Donde algunos encuentran su fortuna, también la busco yo y lo hago a mi manera. Es justo que quien corre peligros tenga protección.

Minella quiso replicar que la protección de que hablaba no era más que ***racket*** criminal, extorsión, cuotas que se tenían que pagar o, de lo contrario, los hombres del ***gangster*** eliminaban al rebelde que se negaba a pagar o destruían su negocio para que los demás supieran lo que podía ocurrirles si no abonaban el tributo que les exigía aquel ser despreciable que había ido adquiriendo poder y más poder gracias al dinero que conseguía, un dinero que le servía para contratar a más sicarios y comprar mejores armas con que dotar a sus hampones siderales.

Poco a poco, había formado su pequeño ejército, temido en todos los planetas porque los seres que escogía el honorable Jemmy Sincron estaban bien dotados para la lucha y el crimen, sin escrúpulos de conciencia. Obedecían a su jefe y eso era todo.

—***Frontier Planet*** es un planeta civilizado —le observó Aris.

—¡Oh, no!, eso es sólo una ilusión —les replicó el honorable Jemmy Sincron.

Tomó a un roedor por el cuello y lo sacó de su jaula, levantándolo en el aire. Era un pequeño conejo blanco marciano.

—***Frontier Planet*** está por civilizar —añadió—. El que tenga un comité de la Unión Confederada Galáctica no significa civilización. Será civilizado cuando tenga su gobierno propio y autónomo. Mientras tanto, es tierra de todos, tierra de nadie.

—Eso no es cierto, existen unas leyes que deben ser respetadas y si no es así, hay una policía para que se cumplan.

El ***gangster*** de la Galaxia se rió de las vehementes palabras de Minella, añadiendo:

—Donde existe una policía formada por distintos seres de la Galaxia, no habrá ley, no puede haberla porque piensan de distinta forma un duwan y un igonita, un terrícola o una marciana como tú, querida Minella. Por cierto, fue muy lamentable lo que le sucedió a tu padre el general. Todos estamos expuestos a un desagradable

accidente es el tributo que hemos de pagar a la vida moderna.

Minella hubiera deseado fundir con sus ojos a aquel criminal que alardeaba de su poder y que luego era tan sarcástico con sus víctimas, más tuvo que callarse. Dejarse arrastrar por la ira en la propia guarida del ***gangster*** de la Galaxia, era un suicidio.

El honorable Jemmy Sincron introdujo por el agujero-trampilla al pequeño roedor blanco que cayó al interior del gran terrario. Al quedar frente a sus amigos, corrió y saltó huyendo de sus fauces, pero media docena de gatosaurios enanos lo persiguieron por todo el gran terrario hasta que lo cercaron y cayeron sobre él, despedazándolo y haciéndolo desaparecer entre sus fauces en pocos segundos.

—Lo que ha hecho es una salvajada —le espetó Minella, asqueada por el espectáculo que acababa de presenciar. Los gatosaurios siempre le habían producido náuseas.

—¿Una salvajada, por qué? Esos pequeños animales tienen tanto derecho a la vida como nosotros, son una obra perfecta de la naturaleza del planeta Duwan. Son más perfectos que ningún otro animal terrícola o marciano. Poseen la resistencia de un saurio y también su paciencia, unida a la ligereza y elasticidad de un felino. Incluso sus uñas retráctiles, que están siempre afiladísimas, les permiten trepar por las paredes. El dragón varano de la cuenca del Nilo en el planeta Tierra se les parece en parte, pero está muy por debajo de la perfección de estos gatosaurios enanos. Ellos se alimentan de presas vivas, en esto son como los guepardos de la sabanas del planeta Tierra en el continente africano. Exigen ser ellos quienes den muerte a sus presas para comer de ellas. Es una medida inteligente que evita que sean envenenados, claro está que se les podría dar a comer una presa previamente envenenada, con un veneno de efecto lento, pero sus pequeños cerebros no han llegado todavía a prever semejante riesgo.

—No he venido aquí a hablar de los gatosaurios si no de un crédito que me interesa obtener.

—Los créditos los conceden los Bancos y hay buenos Bancos con excelentes cámaras acorazadas en la metrópoli del ***Frontier Planet***.

—Usted tiene mucho dinero, eso lo sabemos todos.

—Si has venido a visitarme, es que tienes algo que puede ser una magnífica garantía para un préstamo.

—Sí, un brillante excepcional.

—He oído hablar del brillante de Aris.

—Las noticias corren muy aprisa por el ***Frontier Planet.***

—Si quiero que mis negocios funcionen bien en este planeta lleno de aventureros, águilas y buitres, debo tener la antenas siempre bien dispuestas.

—No puedo reprochárselo, es lógico. En cuanto a mi brillante, es de un peso y una calidad jamás conocidos.

—Estoy lleno de curiosidad por verlo con mis propios ojos —reconoció Jemmy Sincron.

—Lo tengo bien guardado.

—¿En tu nave ***Savage-23***?

—Sí.

—No es una nave de las más seguras, máxime estando estacionada en el astropuerto del ***Frontier Planet.***

—Nadie podría robar mi brillante aunque se lo propusiera, es imposible.

—Para hablar como lo haces, es que has debido tomar muchas medidas de precaución.

—El brillante se autodestruiría.

—¿Cómo?

La pregunta había sido muy rápida, el interés fulguraba en los ojos del honorable Jemmy Sincron.

—Eso es un secreto. Cuando se cierra una cámara acorazada, no se da la clave a quienes pueden abrirla para robar.

—¿Crees que yo podría intentar robar el brillante?

—Cualquiera podría intentarlo después de verlo.

—Dicen que llevas contigo unas fotografías olográficas y ya que no puedo verlo al natural, salvo que decidas traerlo a mi nave para que yo lo ponga a buen recaudo en mi cámara acorazada y completamente invulnerable, me gustaría ver esas fotos. Como verás, tengo objetos de gran valor que están muy seguros aquí.

—Por el momento, estimo que el brillante está seguro en mi nave. Respecto a las fotos, traigo dos.

El honorable Jemmy Sincron tomó las fotografías a color y las examinó atentamente. Aquellas fotografías tridimensionales daban una buena idea de lo que era el brillante.

—Si es tal como se ve aquí, tengo que admitir que es magnífico.

—Hay otros personajes interesados en darme el crédito.

—¿Tato Orlando, por ejemplo?

—Sí.

—¡Bah! No es un hombre tan importante como yo. Bastaría que le pidiera que se retirara del asunto para que me quedara yo solo. Por cierto, tú apreciabas mucho al general Borj, ¿no es cierto?

—Sí.

—Por eso viajas con su hija, ¿verdad? ¿Es que deseas aparejarte con ella?

Antes de que Aris pudiera responder, el ***gangster*** de la Galaxia prosiguió:

—No se te puede reprochar, a la vista está que es una obra de arte biológica, lástima que es perecedera. Yo, personalmente, prefiero las obras de arte que perduran a lo largo de los siglos y una mujer, por bella que sea, su perfección desaparece con los años.

—Yo prefiero la belleza viva a la belleza muerta —le objetó Aris.

—¿Le amas? —preguntó ahora el honorable Jemmy Sincron, encarándose con Minella.

La joven quedó desconcertada ante aquella pregunta tan directa. Recordó el beso de Aris y también recordó que le agradó profundamente, pero en aquellos momentos, su afán porque se hiciera justicia a la muerte de su padre, estaba por encima de todo.

—Es usted un impertinente, ¿no cree?

—Soy muchas cosas. Volvió a reírse. Miró a los gatosaurios y dijo —: Estos son enanos, pero hay otros hermanos mayores, no es el único terrario que poseo en mi nave, una nave tan grande como un pequeño astro.

De pronto, del techo brotó como un cilindro luminoso que rodeó a Minella que se vio así atrapada. Se revolvió, más el cilindro era como de duro cristal.

—¡Aris, Aris! —gritó. Su voz, debido al cristal que la encerraba como en una ampolla, sonó ahogada.

—¿Qué ha hecho usted? —inquirió Aris, sin precipitación, sin dejarse llevar por ningún impulso.

—No temas, nada le pasará, como a tu brillante, si no cometes ninguna torpeza.

—¡Suéltela, canalla!

El honorable sonrió, retrocediendo un par de pasos.

—Si me tocas, ella se destruirá. Por el interior del cilindro pasará una corriente de doscientos mil voltios. ¿Cómo crees que quedaría la bella Minella?

—Si ella muere, muere usted —rugió Aris.

—Eso está bien, pero tú no podrías matarme a mí.

Se abrieron varias puertas y aparecieron seres vestidos de negro, seres que atacaban a las órdenes de Danaket. Los duwan iban armados y los igonitas estaban dispuestos a utilizar su fuerza. Los terrícolas y marcianos se mantenían a la expectativa.

Aris no podía escapar con vida de aquel lugar si le atacaban, era cierto que no podría ni tocar al ***gangster*** de la Galaxia.

—Si cree que por secuestrar a Minella se va a quedar con mi brillante, está equivocado —le advirtió Aris, sintiéndose mal por no haber previsto que el ***gangster*** de la Galaxia podía tomar una decisión semejante. De él cabía esperar cualquier canallada.

—Minella no se queda secuestrada, ella te acompañará.

—Se volvió hacia Danaket y ordenó—: Conduce á Aris a su nave.

—No me voy de aquí si ella no me acompaña.

—Minella se reunirá contigo dentro de unos momentos.

—¿Qué es lo que pretende hacer con ella? —inquirió Aris, agresivo.

—Explicarle algunas cosas a solas.

Danaket se acercó a Aris y le mostró sus uñas durísimas, de afiladas puntas, capaces de degollar a un ser humano de un simple zarpazo.

—Vamos, camina.

Aris sintió un deseo terrible de golpear a aquel tipo indeseable, al verdugo del ***gangster*** de la Galaxia.

—Minella, no tengas cuidado, todo saldrá bien —le dijo en voz alta para que ella que estaba con las palmas de sus manos pegadas al cristal, pudiera oírle.

Aris salió del santuario en que vivía y se refugiaba Jemmy Sincron.

Danaket, con varios de sus matones, le condujo a la pequeña nave y una vez allí le advirtió:

—Ha sido una torpeza meterte en la boca del lobo, nosotros habíamos empezado a prepararte algo.

—¿Con Adolph?

—Pues sí, hemos utilizado a Adolph. Tú has torcido los planes y lo cierto es que lo has hecho todo más fácil.

—Una pregunta…

—¿Cuál?

—¿Tato Orlando estaba metido en esa trampa para robarme el brillante?

—No, él no. Fue su hombre de confianza el que vino a proponernos el fabuloso negocio de robarte ese brillante que todavía no estoy convencido de que pueda pesar más de cien mil quilates. Es algo tan fuera de toda lógica que me cuesta creerlo.

—Y te morirás sin poderlo comprobar —le profetizó Aris.

Danaket se echó a reír, estaba seguro de que su jefe terminaría apoderándose de él.

No tardó en aparecer Minella; venía pálida y con los labios prietos. Al llegar junto a Aris, le abrazó y el hombre notó que ella se estremecía. Le acarició la espalda, dándole ánimos.

—¿Te han hecho algo?

Ella negó moviendo la cabeza contra el tórax amplio y fuerte de Aris.

—Seguro que le han dicho que lo pasaréis muy mal si no sois obsequiosos con el honorable Jemmy Sincron.

—Me ha amenazado —dijo ella.

—Vámonos, ha sido un error venir a esta nave del *gangster* galáctico.

Subieron a su pequeña nave y poco después se abrían las compuertas que les dejaban salir al espacio exterior. Dos naves de vigilancia les escoltaron. Aris estaba molesto consigo mismo; sin embargo, se sentía más tranquilo al poder regresar juntos.

Durante todo el viaje, Minella permaneció silenciosa y Aris estuvo pendiente de las naves de caza que quedaron fuera de la estratosfera de ***Frontier Planet.***

Aris perforó con su nave la atmósfera y se dirigió al astropuerto para regresar a la ***Savage-23***. Ya no cabía duda alguna de que Jemmy Sincron se interesaba por el brillante, lo que todavía no estaba claro era si había sido culpable o no de la muerte y desaparición del general Borj.

—Salgamos —dijo Aris.

Entraron en la nave ***Savage-23***. Santy y Buck les aguardaban ansiosos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Buck.

—El honorable quiere el brillante al precio que sea.

—Tú no se lo vas a dar, ¿verdad? —inquirió Santy, nervioso.

—Naturalmente que no. Es posible que trate de atacarnos, por un momento he pensado que iba a coger a Minella como rehén, pero...

—Pues sí lo ha hecho —dijo la mujer que estaba a su lado.

—¿Cómo?

Todos se volvieron hacia ella, desconcertados. La mujer se quitó una máscara de látex que cubría su verdadero rostro.

—¡Aris, te han dado el cambiazo! —exclamó Buck.

—¡Por todos los soles del cosmos! ¿Cómo ha podido hacerlo?

La mujer, una secuaz del ***gangster*** de la Galaxia, explicó:

—Minella ha tenido que darme su ropa. En cuanto al rostro, el honorable Jemmy Sincron posee una máquina electrónica que enfoca el rostro que se quiere copiar y hace automáticamente y en el acto una careta de látex exacta. Como yo tenía más o menos sus medidas, ha

sido fácil engañarte. Ahora, ya sabes que tienes que obedecerle en todo o será Minella quien lo lamente.

La desconocida sonrió ampliamente, la jugada había salido perfecta. Bastaba ver la cara de sorpresa, desconcierto y malhumor de Aris.

CAPITULO IX

El gobernador Caswon en persona recibió a Aris mientras la mujer que había suplantado a Minella permanecía retenida y vigilada por Buck y Santy.

Ella se mostraba tranquila, muy segura de sí misma. Confiaba en la fuerza y en el poder de su jefe el honorable Jemmy Sincron y se permitía hacer sarcasmos.

No era precisamente una fémina pusilánime, incluso se había insinuado a Aris sexualmente. A ella no le importaba acostarse con Aris y seguramente lo habría hecho ya con Danaket. Quizá el ***gangster*** de la Galaxia no tuviera apetencias eróticas, y por ello se entregaba con más malignidad a satisfacer su codicia y ambición.

Antes de hacer nada por su cuenta, Aris probó la vía legal y contó al gobernador Caswon todo lo ocurrido. Este le escuchó con atención y al fin, circunspecto, con su voz potente y ronca, de acento extraño para un terrícola, dijo:

—Los asuntos de secuestros competen a la policía. Yo soy el gobernador y estoy por encima de estos pequeños casos. Hay muchos problemas que me agobian para imponer la ley en ***Frontier Planet.***

—Minella es la hija de su antecesor en el cargo de gobernador.

—Sí, lo sé, es muy importante; pero para mí todo el mundo en ***Frontier Planet e***s importante.

—¿Quiere decir que no va a hacer nada por liberarla?

—Busque un abogado y luego vaya al jefe de policía. Yo le hablaré para que se interese al máximo; no obstante...

—No obstante, no harán nada. ¿No iba a decir eso?

—Verá, el honorable Jemmy Sincron no está en ***Frontier Planet.***

—Está en su órbita —puntualizó Aris.

—Mi jurisdicción se circunscribe al subsuelo, el suelo y la atmósfera del ***Frontier Planet.*** Allí donde está el honorable Jemmy Sincron, no hay más ley que la que pueda imponer uno mismo con su propia fuerza, es algo admitido por todos. Existe un equilibrio. Si unas naves duwan atacan a unas naves de Igon, se exponen a que los seres de Igon hagan una réplica defensiva; por este motivo, las naves duwan no atacan a las igonitas ni las de Igon a las terrícolas ni las terrícolas a las marcianas y viceversa.

—Usted está hablando de naves milicianas oficiales. Jemmy Sincron, alias ***El Honorable,*** es un pirata del cosmos.

—Es posible —admitió el gobernador con una mueca casi de indiferencia en su rostro horrible para la visión y la estética de un terrícola—. El honorable Jemmy Sincron no ataca jamás naves oficiales, tampoco se sabe que haya atacado a ninguna nave privada, no comprendo por qué ha de ser atacado su refugio. Tiene perfecto derecho y libertad para vivir en el cosmos como lo hace.

—No hay pruebas de que haya atacado a naves privadas porque las desintegra y así no quedan rastros. De todos es conocido que posee cañones desintegradores de gran potencia.

—Nadie se lo puede prohibir, tiene derecho a dotar a su nave de sistema defensivos por si es atacado durante sus continuos viajes por el espacio.

—Veo que le da la razón en todo, encuentra excusas para todo lo que él hace. Para usted, las actividades de Jemmy Sincron no son punibles en absoluto.

—Mientras no se demuestre lo contrario, así es.

—¿Y no es punible que exija un ***racket*** mediante amenazas y extorsión a los propietarios de los casinos de la metrópoli de ***Frontier Planet***?

—¿***Racket,*** extorsión? —Sonrió con su enorme boca armada con ocho colmillos desgarradores—. Si alguien hace una denuncia por extorsión, le atenderemos adecuadamente.

—Hicieron denuncias cuando existía el gobernador Borj.

—Sí, yo mismo llevé a los policías para efectuar algunas detenciones, pero luego las denuncias fueron retiradas y el caso sobreseído, nadie volvió a quejarse.

—Ya.

—Usted está denunciando al honorable Jemmy Sincron sin pruebas y yo sólo trato de ser imparcial. Los terrícolas tienen el defecto de odiarse entre sí, lo cual no ocurre entre los seres de Igon. Son demasiado impulsivos y aunque por su aspecto no lo parecen, son una civilización sumamente belicosa, ansiosa de pelear incluso entre hermanos.

—¿Dice que no tengo pruebas? ¿Le parece poco que Minella Borj esté secuestrada en la nave de ese ***gangster*** de la Galaxia?

—Lo que ha dicho sobre el ***gangster*** de la Galaxia, haré como que no lo he oído y respecto a ese supuesto secuestro, nada puedo hacer ni decir, ya que esa nave queda fuera de mi jurisdicción. Está a más de cien kilómetros de la atmósfera del planeta, por lo tanto se halla en el cosmos de nadie. Insisto que no entra en mi jurisdicción y, por lo que usted mismo ha dicho, Minella Borj acudió voluntariamente a esa nave residencia del honorable Jemmy Sincron. Bien puede haberse quedado allá por su propia voluntad. De todos modos, si la nave desciende al astropuerto, investigaremos el caso.

—¿Qué la nave residencia descienda al astropuerto? Está usted diciendo un absurdo, gobernador Caswon. Esa nave es tan grande como todo el astropuerto del ***Frontier Planet***. Dentro de ella caben todas las astronaves que hay posadas aquí ahora. Es imposible que la nave meteorito de Jemmy Sincron se pose no sólo en el astropuerto si no en ninguna parte de este planeta ni de ningún otro. Por su masa y dimensiones, no resistiría el rozamiento contra ninguna atmósfera planetaria por liviana que ésta fuera. Esa nave está construida para permanecer siempre en el espacio con su vacío absoluto.

—Sí, lo admito; era sólo una forma de hablar. De todos modos, el honorable Jemmy Sincron tiene naves pequeñas que van y vienen para cargar suministros o para que sus hombres se diviertan en las horas de ocio en ***Frontier Planet***. Vigilaremos esas naves por si en alguna de ellas aparece Minella Borj. Es lo máximo que puedo hacer en este asunto. Ahora, si me disculpa…

—Antes de venir a verle estaba seguro de que no conseguiría nada efectivo de usted.

—¿Por qué ha venido entonces?

—Para que mis sospechas no fueran sólo sospechas si no realidades. Es usted un payaso movido por el poder del ***gangster*** de la Galaxia.

—¿Cómo se atreve a insultarme? Le voy a…

Aris desenfundó su pistola incinerante y puso el cañón de rayos entre las cejas del ser de Igon que había sido jefe de la policía y que tras el asesinato del general Borj había pasado a ser gobernador.

—Usted lo ha dicho, esto es tierra de nadie. A partir de ahora, hasta que ocupe esa poltrona un ser justo, emplearé mis armas lo mismo que hace Jemmy Sincron. Y no se le ocurra enviar a sus hombres en contra mía, tengo un misil nuclear apuntando a este edificio y si me sucede algo, usted se convertirá en partículas cósmicas. No volverán a cogerme desprevenido. A partir de ahora hablarán las armas puesto que así lo han querido. Puede comunicárselo a su padrino, el honorable Jemmy Sincron.

El gobernador Caswon podía dar la alarma entre sus agentes, pero temió que la amenaza del terrícola se cumpliera y prefirió dejarle marchar.

Después de todo, él sólo quería irse y si tenía que luchar, lo haría contra el honorable Jemmy Sincron. Lo que era más que improbable es que Aris pudiera vencer al hombre que mantenía secuestrada a Minella Borj.

CAPITULO X

Aris regresó ceñudo a su nave ***Savage-23***. Rescatar a Minella era lo primordial ahora. Tenía que hablar con Buck y Santy, era preferible perder el brillante, por valioso que éste fuera, y que a la muchacha no le ocurriera nada.

Brillantes como aquél era posible encontrar más en el planeta acuoso donde vivían los gigantescos crustáceos contra los que ya habían luchado, pero sí Minella moría, ya no habría recuperación para ella.

Tenía que hablar con sus dos compañeros, partícipes en el negocio, pero estaba seguro de que pensarían como él.

Los tres deseaban hacer fortuna porque el dinero les proporcionaba medios materiales y mejores naves para continuar explorando nuevos mundos. En realidad, eso era lo que deseaban. Su afán no era acumular riquezas en una residencia flotante en el espacio como hacía el ambicioso ***gangster*** de la Galaxia.

—Aris, hemos recibido un regalo —le comunicó Buck antes de que él pudiera decir nada más.

—¿Un regalo?

—Sí, lo tenemos en la cámara de carga, está bien empaquetado.

—¿Quién lo envía?

—Un amigo, no sabemos más —le dijo ahora Santy.

—¿Y la mujer que sustituye a Minella?

—La tenemos encerrada en una habitación, se estaba poniendo muy pesada —respondió Buck—. ¿Y sí propusiéramos el cambio de ella por Minella?

—No serviría de nada —objetó Aris—. El honorable dejaría que la desolláramos viva sin la menor preocupación y además, ella lo sabe, por eso se siente segura. Está convencida de que no le haremos nada porque de nada iba a servir torturarla y tampoco es ésa nuestra forma de ser; pero, dejemos a esa mujer tranquila en su encierro y veamos cuál es el regalo que nos han mandado.

Descendieron a la cámara de carga. Allí estaba la caja de cartón plástico, bien cerrada y precintada.

—¿Qué puede ser? —preguntó Buck, mirándola.

—Lo ignoro, pero un explosivo no será, ya que destruiría el brillante que está en la nave.

—Puede brotar algún gas narcotizante —aventuró Santy—. Si nos quedamos dormidos, ellos podrán invadir la nave y robar el brillante.

—Es una posibilidad, aunque no creo que se atrevan a tanto. La destrucción del brillante puede ser automática; no obstante, tomaremos precauciones. Id vosotros a la sala de pilotaje y vigilad lo que aquí ocurra a través de la telecámara del circuito cerrado.

Buck y Santy comprendieron que era una buena medida de seguridad; sin embargo, Buck objetó:

—Puedo quedarme yo. Si me sucede algo, soy el más idiota de los tres.

—Seguro que eres el más idiota —gruñó Aris—, lo que acabas de decir lo corrobora. Anda, lárgate con Santy.

—Bueno, no es para molestarse —gruñó Buck.

—Si queda narcotizado, lo meteremos en la cámara de recuperación y le pondremos dentro a esa mujer que ha suplantado a Minella y que, al parecer, está hambrienta de sexo.

—No, eso no —se opuso Aris—; podría despertar esquelético.

Cuando se hubieron alejado Buck y Santy, Aris tomó un afilado cuchillo y rajó la gran caja, abriéndola sin preocuparse de una posterior recuperación de la misma.

Detrás del cartón plástico se encontró con una envoltura de supra algodón antitérmico que también rasgó y arrancó a pedazos hasta que se encontró con un bloque duro y frío.

—Hielo carbónico —gruñó.

—¿Te sientes bien, Aris? —preguntó Santy a través de los altavoces.

—Sí. Parece que nos han regalado algo muy frío. Es hielo carbónico.

—Habrá algo dentro, ¿no? —preguntó Buck.

Con la navaja de superacero, Aris rompió parte del hielo carbónico haciéndolo saltar a pedazos mientras escapaba el humillo

del anhídrido carbónico hasta que vio lo que contenía.

—Ha sido un regalo del ***gangster*** de la Galaxia —dijo Aris.

Desde la cabina de pilotaje y a través de la pantalla, Santy y Buck pudieron ver el rostro que aparecía dentro del hielo carbónico, un rostro de ojos abiertos y mirada fija, una mirada para la eternidad.

La boca estaba cerrada, posiblemente cosida con un cauterizador electrónico y tenía una mueca desagradable, patética.

—Es Adolph, el guardaespaldas de Tato Orlando.

—¿Muerto? —preguntó Buck.

—¿Cómo iba a estar, si no, dentro de un bloque de hielo, congelado para la posteridad?

De pronto, una voz brotó de la caja. Aris la identificó como la propia de aquel matón codicioso.

—Soy Adolph. Si no entregáis el brillante a quien lo tratará mejor que vosotros, Minella correrá el mismo camino que yo. Pulsando un solo botón, comenzará a congelarse, ya está en la caja congeladora de la que saldrá convertida en un bloque, tenéis poco tiempo.

Hubo una breve pausa y una voz distinta, la voz de Danaket, dijo a continuación:

—Esta grabación ha sido compuesta con retales de una larga conversación realizada con Adolph. Poco sabía él que escogeríamos palabra a palabra hasta componer con su propia voz su mensaje de ultratumba.

—El ***gangster*** de la Galaxia no se detendrá ante nada —dijo Buck, a través de los altavoces.

—Es un asesino y lo malo es que la policía no va a intervenir —replicó Aris, apartando la mirada del muerto congelado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Santy.

—¿Cómo estamos de poder nuclear energético?

Santy corrió a comprobarlo y respondió:

—Sesenta por ciento.

—Está bien, cerrad la nave.

—¿Cerrar la nave, es que nos vamos? —preguntó Buck.

—Sí.

Santy objetó:

—Habrá que dar parte al centro del control del astropuerto.

—No vamos a dar ningún aviso. Si hemos de pagar una multa, cuando llegue el momento la pagaremos; ahora vamos a despegar de forma imprevista, sin qué nadie se entere. Rápido, todo en marcha, sin que se note exteriormente.

Santy y Buck se pusieron manos a la obra y las puertas se fueron cerrando herméticamente. El propio Aris corrió hacia la cabina de pilotaje.

El ordenador electrónico central de la nave comenzó a vibrar. Las baterías luminosas de cuadrados multicolores, exponentes de los datos que iba reflejando el ordenador electrónico, centellearon.

Los motores comenzaron a dilatarse silenciosamente, pero exteriormente no se notaba aún que la nave se preparara para despegar.

Delante de su panel de controles, Buck volvió la cabeza hacia Aris que se había acomodado en su butaca de pilotaje.

—¿Vamos hacia la nave del ***gangster*** de la Galaxia? —preguntó.

—No, y tú Buck prepárate, ten listos los cañones de rayos cósmicos.

—¿Habrá pelea?

—Sí, será como una fuga.

—¿Y dejaremos a Minella a su suerte? —preguntó Santy.

—Yo no he dicho que vayamos a abandonarla sino que será como una fuga. He estado estudiando unos datos y es posible luchar contra el poderoso ***gangster*** de la Galaxia.

—Somos demasiado pequeños para luchar contra la nave del ***gangster*** —le objetó Buck.

—¿Qué es lo que tienes entre ceja y ceja? —quiso saber Santy.

—Ya te lo diré, ahora hay que despegar de este maldito planeta movido por el ***gangster*** de la Galaxia.

La ***Savage-23,*** al pulsar Aris el botón de puesta en marcha, comenzó a despedir fuego blanco por las toberas de popa y se impulsó

hacia arriba en un plano ligeramente inclinado.

Santy, Buck y el propio Aris sujetaron sus cuerpos con los atalajes automáticos para no sufrir ningún accidente durante la aceleración.

La ***Savage-23*** despegó del ***Frontier Planet*** con rumbo al cosmos inmenso.

—Aris, llaman del centro de control —dijo Buck como pudo mientras la aceleración lo aplastaba contra su butaca.

—¡Desconecta! —le gritó Aris.

La nave terrícola ***Savage-23*** perforó la atmósfera del ***Frontier Planet*** y saltó al espacio mientras los motores seguían aumentando su velocidad, alejándose del planeta en cuya órbita estaba la gigantesca nave del ***gangster*** de la Galaxia, al cual le fue notificada de inmediato la fuga de los aventureros terrícolas, lo que le dejó un instante pensativo y luego hizo que se desatara su cólera.

—¡Hay que abandonar la órbita del ***Frontier Planet!*** ¡Danaket, salimos en persecución de esos hijos de perra siderales! ¡El brillante que llevan consigo ha de ser mío, mío!

CAPITULO XI

—Aris, nos persiguen dos naves de caza —le advirtió Buck,

—Era de esperar.

—¿Qué hacemos? Nos pueden fundir.

—No lo harán mientras tengamos el brillante.

Santy opinó:

—Nos pueden atacar.

—Pues, nos vamos a adelantar. Buck, dales lo que buscan. —¿Seguro?

—Sí, desintegra a esos ***gangster,*** piratas del espacio.

—Bien, aumentaremos el polvo en el cosmos.

Buck movió los mandos hasta que centró en las pantallas a las dos naves que iban acortando distancias, acercándose más a la nave supuestamente fugitiva mientras, tras ellos, la gigantesca nave de Jemmy Sincron, más pesada en sus movimientos iniciales de

propulsión, avanzaba hacia ellos. Luego, una vez hubo alcanzado una alta velocidad de ruta, sería imparable.

—Los tengo a tiro —dijo Buck.

—Pues, ¡fuego!

Buck pulsó los botones correspondientes y de la nave ***Savage-23*** partieron sendos chorros de rayos cósmicos que dieron en el blanco.

En el espacio brotaron dos grandes bolas de fuego que duraron apenas unos instantes y luego se convirtieron en nubes de finísimas partículas que absorbió la propia nave-residencia del ***gangster*** de la Galaxia al pasar entre ellas.

—¡Maldición, ese Aris pagará caro lo que ha hecho! —rugió el honorable Jemmy Sincron que temía perder la posibilidad de quedarse con el fabuloso brillante que ni siquiera había llegado a ver al natural.

Danaket se presentó en el gran salón-santuario de su jefe donde Minella permanecía dentro de un cilindro de cristal, ahora vestida tan sólo con una finísima túnica semi-transparente de color negro, ya que sus ropas se las había llevado la mujer que la suplantara.

—Han desintegrado a dos de nuestras naves de combate.

—Ya lo he visto yo mismo, imbécil —barbotó el honorable Jemmy Sincron.

—Ese Aris está tratando de huir —observó Danaket.

—¿Por qué mi nave no le da alcance?

—Los motores de impulsión están trabajando a elevada potencia, pero nuestra nave es de dimensiones gigantescas comparada con la fugitiva.

—¡No podemos permitir que escapen!

—¿Enviamos más naves de combate? Podrían atacarles y averiar la nave de Aris.

—No, no, eso sería correr un riesgo. Si esa nave estalla, perderemos el brillante.

Se volvió hacia Minella y se acercó a ella hasta tocar la celda de cristal que encerraba a la muchacha.

—¡Mira lo que hace tu amigo, huir, huir! Se larga hacia las estrellas abandonándote a tu suerte, no le importa que te congelemos

viva.

—Mejor —replicó ella desde el interior de su celda, sin acongojarse—. Por esta vez no se saldrá con la suya, el brillante no pasará a esta colección de objetos que tiene aquí y que seguro habrá robado a otros seres.

—Tú también eres terca, ¿eh, Minella? No te importa morir, como no le importó a tu padre.

—Mi padre era un hombre que amaba la justicia y respetaba la ley.

—La ley del cosmos y la del ***Frontier Planet*** es la del más fuerte, y el más fuerte soy yo. ¿Es que aún no te has dado cuenta?

—¡Usted lo mató, admítalo!

—Sí, mis hombres lo borraron del universo. Fue fácil, sólo hubo que conectar un explosivo termonuclear a su pila atómica de energía autosuficiente. Lo vigilábamos desde mi propia nave y cuando entró en la casa, yo mismo tuve el placer de hacer detonar la carga. Tu padre se convirtió en nada sin sufrir lo más mínimo, es algo que deberías agradecerme.

—¡Asesino!—gritó Minella con todas las fuerzas que podían dar de sí sus pulmones.

—Danaket, trata de establecer telecomunicación con ese maldito Aris. Cuando vea el espectáculo que le tengo preparado, veremos si cambia de opinión y deja de huir con su brillante.

Minella comprendió que algo terrible iba a ocurrirle y entonces vio que el honorable Jemmy Sincron se dirigía hacia el gran terrario que contenía los gatosaurios.

—¿Te gustaría servir de alimento a estas fierecillas? —Se rió, regocijándose en su sadismo—. Puede ser un espectáculo fascinante. Después de todo, no serás el primer ser inteligente no terrícola que devoran. Son pequeños pero muy eficaces con sus alargadas mandíbulas que les asemejan a los cocodrilos terrícolas.

Cogió una caja de telemandos y manipuló en ella. El cilindro de cristal en que estaba encerrada Minella comenzó a moverse en dirección al terrario sin que la joven pudiera impedirlo.

Golpeaba desesperadamente su angosta celda de cristal con los puños, mas todo resultaba inútil, eran demasiado duras aquellas paredes transparentes para que ella pudiera destruirlas con sus

delicadas manos.

El cilindro de cristal llegó junto al gigantesco terrario en cuya pared de cristal se fue abriendo un hueco que no permitía la salida de los gatosaurios enanos pero que sí dejaba entrar el cilindro de cristal colocado en vertical y dentro del cual se hallaba encerrada la asustada joven. El cilindro se movía gracias a una guía que había en el techo, del que realmente pendía.

Ya dentro del terrario, Minella vio saltar contra ella, en todas direcciones, a los gatosaurios enanos que mordían el cristal del cilindro con sus afiladísimos dientes, tratando de llegar a la que ya consideraban su presa.

Tan estrecho era el cilindro de cristal que Minella no podía ni sentarse dentro de él; estaba obligada a permanecer en pie. Los latidos de su corazón habían aumentado al ver a aquellas bestias saltando en torno suyo, lanzándose contra ella como si no vieran el cristal que aún la protegía, abriendo sus fauces dispuestas a desgarrar su cuerpo hermoso.

—Danaket, ¿a qué esperas? Quiero que ese hijo de perra sideral vea lo que le va a pasar a Minella si no se atiene a mis órdenes.

Mientras, la nave ***Savage-23,*** que había alcanzado una gran velocidad, pasaba tangencialmente junto al planeta Rovow que tenía cierto parecido con el planeta Júpiter del sistema solar terrestre y quizá también un poco con Saturno.

Había que tener todos los mandos muy dispuestos para evitar el choque con los abundantísimos meteoros que aquel enorme planeta tenía en su órbita.

Mientras Santy tomaba el mando de la ***Savage-23*** y la obligaba a girar noventa grados, Aris saltaba al espacio embutido en un traje de supervivencia espacial.

Llevaba consigo un equipo de autocohetes de gran potencia y un petate en su mano. Colgando del cuello, un fusil de elevado poder perforante.

El motor de su autocohete entró en ignición y, rápidamente, alcanzó una velocidad grande que le alejó de su nave.

Rodeó el planeta Rovow siempre siguiendo. la dirección orbital de los gigantescos meteoros que circundaban aquel planeta sin atmósfera, confundiéndose entre ellos.

Cuando ya casi daba la vuelta completa, descubrió el falso macrometeorito que era la nave-residencia del ***gangster*** de la Galaxia que trataba de dar alcance a la ***Savage-23,*** supuestamente fugitiva.

La nave-residencia de Jemmy Sincron tuvo que tomar todas las precauciones en aquella aproximación al gran planeta Rovow para no chocar contra los meteoros, pues no estaba dispuesta a perder a los fugitivos.

Aris logró acercarse por la popa de la gigantesca nave del *gangster* y cómo si fuera un extraño insecto sideral, se posó sobre ella, apagando el motor de su autocohete.

Caminar sobre aquella nave era como hacerlo sobre un meteorito, el camuflaje era perfecto; sin embargo, cuando descubrió un mirador, apuntó hacia él con su fusil de rayos perforantes. Disparó.

El cristal fue enrojeciendo, se puso blanco y luego se fundió. Inmediatamente, se produjo una fuerte corriente de aire que iba desde el interior de la nave hacia el exterior.

Todo allí se revolvió y la alarma sonó dentro de la nave anunciando lo que debió parecerles una avería.

Como imaginó que todas las telecámaras estarían vigilando aquel sector para ver lo que había sucedido, Aris no se dejó ver. Se aplastó contra el suelo y aguardó mientras la nave doblaba también, rodeando el gran planeta Rovow que Aris había escogido por la abundancia de meteoritos entre los cuales podían confundirse, pues con el radar de seguimiento era más difícil.

Dejó pasar unos minutos y se introdujo por la ventana perforada, quedando en una sala donde todo estaba revuelto y donde ya no había aire.

Las compuertas se habían cerrado herméticamente para aislar aquella dependencia siniestra del resto de la nave. Aris se dirigió hacia la puerta y disparó sus rayos contra los cierres, fundiéndolos.

La puerta se abrió con violencia y de nuevo se produjo el chorro de aire que ahora llegaba de largos corredores y que por allí escapaba al espacio exterior.

Cruzó la puerta y en el corredor vio a varios de los *gangsters* que eran arrastrados por la corriente de aire creada, sin poder hacer nada por evitar ser engullidos, mientras las luces rojas parpadeaban y las chicharras daban la alarma general.

Aris, que había logrado introducirse en la nave de aquel pirata del cosmos, subió por unas escaleras. Ahora iba a ser muy difícil que pudieran reparar la avería.

Encontró a un grupo de vigilantes que trataron de dispararle, pero Aris se les adelantó, abatiéndolos al tiempo que fundía puertas para que los compartimientos estancos dejaran de serlo. El aire del interior de la nave se perdía en el espacio.

Mientras, el caos reinaba en la gran nave que, no obstante, seguía en pos de la fugitiva ***Savage-23*** que volvió a girar hacia babor rodeando al planeta Rovow y obligando a sus perseguidores a entrar en órbita.

Aris consiguió llegar a la puerta del santuario del honorable Jemmy Sincron, una puerta mucho más sólida, pero contra la cual disparó dispuesto a fundirla. Al fin, estalló mientras un sistema de autodefensa automático trataba de taponar el agujero que daba al exterior. Una espuma se fue solidificando por sí misma, ocupando espacio.

Allí estaban Danaket, Jemmy Sincron y Minella, dentro del terrario y a su vez metida en el cilindro de cristal.

—Maldito, has conseguido llegar hasta aquí —rugió el ***gangster*** de la Galaxia— pero no te irás vivo.

Danaket quiso matarle con su pistola. Logró disparar, mas el rayo destructor rebotó contra el casco reflectante de Aris que lo había escogido especialmente para aquella ocasión.

Aris le disparó a su vez con su potentísimo fusil y Danaket gritó mientras se teñía de rojo, luego de blanco y finalmente desaparecía en medio de una humareda.

—Si no arrojas el arma, Minella será pasto de los gatosaurios —silabeó el ***gangster*** de la Galaxia que se veía perdido.

—Ya has hecho suficiente daño en el universo y tú mismo has dicho que aquí no hay otra ley que la del más fuerte, la del más rápido.

Aris disparó de nuevo su fusil, haciéndole correr igual suerte que a Danaket.

Mas, el honorable Jemmy Sincron había conseguido pulsar el botón de órdenes y el cristal que protegía a Minella comenzó a levantarse. Las terrible fieras enanas se dispusieron a atacar a la bella

joven por los pies.

Aris disparó contra el cristal pared del terrario haciéndolo estallar, lo que sobresaltó a aquellas bestias. Sabía que no podría cazarlas una por una y disparó a lo alto del tubo de cristal, seccionándolo en su parte superior para que, de este modo, cayera de nuevo en torno a Minella, protegiéndola.

Después, efectuó un barrido con sus rayos térmicos, lo que hizo que las bestias huyeran en todas direcciones, pues aquel calor era fundente.

Cuando hubo alejado a los gatosaurios e incluso dado muerte a algunos de ellos, empujó el cilindro de cristal, haciéndolo caer con la muchacha dentro.

—¡Sal, sal de aquí, vamos! —le gritó.

Minella le siguió cuando un gatosaurio saltaba sobre ella tratando de alcanzarle el cuello con sus fauces. Aris le dio un puñetazo, alcanzándolo en pleno vuelo. Lo hizo caer y ya en el suelo, le disparó, quemándolo.

—¡Corre! —pidió a la joven, hablándole por su sistema de comunicación a través del yelmo espacial.

Abandonaron aquel santuario lleno de joyas y obras de arte y Aris la condujo hasta donde había dejado su petate.

—Aire, aire, me falta aire —gimió la joven al hallarse en un lugar donde la presión atmosférica, debido a las fugas, había bajado excesivamente.

Aris la ayudó a colocarse el casco espacial que traía en el petate y de inmediato le abrió la espita del aire mientras le pedía:

—¡Rápido, vístete con el traje de supervivencia!

Minella, más recuperada gracias a la inyección de aire, se puso el traje espacial y Aris se abrió paso por entre la espuma taponadora de huecos en el casco de la nave. Volvió a disparar, abriendo un boquete que les llevó al exterior.

—¡Cógete de mi mano! —le pidió a la joven al saltar al espacio.

Al separarse de la nave del ***gangster*** de la Galaxia, Aris descubrió el hueco por donde emergía un cañón de gran potencia y disparó hasta provocar una nueva fuga de la atmósfera interior.

—¡Agárrate, que nos vamos!

El auto cohete que Aris llevaba en la espalda entró en ignición y se alejaron rápidamente de la nave que había extorsionado a tantos y tantos seres del universo.

Aris, sin soltar la mano femenina, viajando ambos por el espacio, fue en busca de la ***Savage-23*** a la que vieron aparecer a su derecha y a la que se aproximaron.

Buck y Santy, que ya le habían descubierto, pusieron en marcha los retrocohetes para disminuir la velocidad y ayudar en el acercamiento hasta que Aris y Minella posaron sus pies sobre la ***Savage-23***.

—¡Aris, mira, mira!

La gran nave-residencia del ya exterminado ***gangster*** de la Galaxia que debido a sus múltiples fugas iba como dando tumbos por el espacio, chocó con un gran meteoro de los muchos que giraban en torno al planeta Rovow.

De la nave siniestrada brotó una gran llamarada. Se fue de lado hacia el planeta, chocó contra otro meteoro y perdido ya el control, se acercó más al planeta en medio de surtidores de chispas que eran exponente de su terrible descomposición interior.

Pero descendió tanto hacia la superficie del planeta Rovow, que fue absorbido por la gravedad de éste y cayó en picado como si fuera un meteoro más hasta que se produjo un impacto cegador.

Luego, la luz blanca se apagó, lentamente, y donde estuviera la nave ahora sólo había un cráter.

—Aris, Aris, ¿estáis bien? —preguntó Santy desde el interior de la ***Savage-23***.

—Sí, estamos bien —respondió—. Poned rumbo de nuevo al ***Frontier Planet***, ahora cambiarán muchas cosas allí. ¡Ah¡, decidle a la mujer que lleváis a bordo que ya no tiene patrón y que si habla por los codos, puede que consigamos destituir de su Cargo al gobernador Caswon.

Mientras la ***Savage-23*** se apartaba del planeta Rovow y de los peligrosísimos meteoros que lo orbitaban, Aris y Minella caminaban sobre el fuselaje de la nave cogidos de la mano, protegidos por sus trajes de supervivencia.

Frente a ellos, sobre ellos, en torno a ellos, un infinito universo

plagado de estrellas.

—¿Te acuerdas, Minella, de que prometiste darme lo que te pidiera si castigaba al asesino de tu padre?

—Sí, me acuerdo, pero no creo que en este lugar puedas tomar lo que supongo vas a pedirme —dijo ella, sonriendo tras el cristal del yelmo.

Aris acercó su casco espacial al de ella y ambos besaron sus respectivos cristales como si éstos no existieran.

F I N